

**MUJER,
TODOS
SOMOS
UNA**



Este libro ha sido posible gracias a la colaboración y financiación de:



© Fotografías: José Francisco Magallón Dueñas, 2017
Printed in Spain. Impreso en España

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo y por escrito del editor, salvo excepción prevista por la ley. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Ley de propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.conlicencia.com).

Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente las declaraciones oficiales de ACNUR ni la política de las Naciones Unidas.

HACER VISIBLE A LA MUJER

El artículo primero de la *Declaración de Derechos de la Mujer y de la Ciudadana* (año 1791) dice textualmente: «La mujer nace libre y permanece igual al hombre en derechos». Dos siglos y cuarto después de esta elemental proclamación, el mundo femenino se divide en dos partes: el que ha conseguido ver cumplido ese mandato en sus leyes y en sus costumbres sociales y el que no solo lo ignora, sino que lo vulnera de la forma más hiriente y cruel. En el primer mundo se puede decir que la mujer efectuó su propia revolución. Hoy, las grandes reclamaciones se refieren a las desigualdades salariales que sobreviven o a las dificultades para acceder a puestos de dirección en empresas y poderes públicos, pero la igualdad está aceptada y la desigualdad, castigada socialmente. En el «otro» mundo esa revolución no solo sigue pendiente, sino que la negación de derechos básicos a la mujer es una de las señas de identidad de regímenes políticos, culturas y religiones.

Y algo que es justo reconocer y transmitir a las futuras generaciones que estudien la reciente historia de la Humanidad: la conquista de los derechos de la mujer, allí donde se pudo efectuar, es una historia de lucha, de sacrificios, de avances lentos y muchas veces de heroísmo personal. Donde no se pudo efectuar, ha sido y sigue siendo una historia de explotación laboral y sexual, cuando no de esclavitud. La crónica diaria, sobre todo la escrita en países de África, sigue siendo un goteo de noticias de ese drama humano, sin que las naciones consideradas civilizadas o avanzadas sepan reaccionar ante esa terrible realidad.

Como si siguiera la consigna de «hacer visible a la mujer», Francisco Magallón ha buscado obsesivamente, a lo largo de muchos años de su vida profesional, retratar ese infortunio. Movidó por una sensibilidad que podría llamar excepcional, ha cogido su cámara para ponerle rostros. Recorrió países castigados por la hambruna. Captó a madres para quienes alimentar a sus hijos es un acto de heroísmo. Encontró a campesinas manchadas de tierra, quién sabe si mezclada con lágrimas. Se internó en campamentos de refugiados, de los que extrajo un dato escalofriante: de los más de 22 millones de personas refugiadas, más del 80 por ciento son mujeres o niños. Penetró en los escenarios de guerra donde la mujer es a medias un soldado y un arma.

El resultado es esta obra: un reportaje gráfico y literario que refleja un mundo de conflictos, quizá los más dolorosos de este tiempo. En cada rostro hay un mensaje, una petición de ayuda, la denuncia de alguna injusticia. Pero hay también el fulgor de algún momento de felicidad, porque Francisco Magallón ha tenido la fortuna de captar la excepción, y la excepción es la sonrisa, «sonrisas robadas», dice el autor con la alegría del reportero que encontró un hecho diferente. Pero hay, sobre todo, rostros de madres. Porque muchas de esas mujeres son madres; las nuevas, pero eternas «mater dolorosas» de una injusticia que clama al cielo. A un cielo que, siglo tras siglo, se niega a escuchar.

En resumen, la obra de Magallón es una denuncia, pero también un homenaje. Es una queja en imágenes, pero también un acto de amor. Son cientos de testimonios gráficos arrancados por su cámara para decirle a la historia: ahí tenéis a las mujeres de medio mundo; ahí tenéis esa esclavitud que sobrevive en el siglo XXI.

FERNANDO ÓNEGA

Fernando Ónega. Escritor, analista político y autor de más de veinte mil artículos y reportajes en casi todos los medios de comunicación españoles. Director de Prensa de la Presidencia del Gobierno, con Adolfo Suárez. Director y presentador de numerosos programas e informativos.

HAGÁMOSLAS VISIBLES

Cada vez que me siento a hablar con una mujer refugiada o que está buscando asilo, no lo hago solo en calidad de Representante de ACNUR. La conversación empieza así, pero acabo hablando como mujer. Dejas de ver el estatus legal de la persona y contemplas a una madre, una hermana, una amiga, una hija. Tomas el té, ríes, lloras y, de repente, tiene lugar un click en el que todas somos una.

La abrumadora mayoría de las historias que escucho son desgarradoras. Mujeres que han visto o –peor– sufrido experiencias terribles durante su huida por el único hecho de ser mujeres. Suyas son historias de sacrificio, amor, pérdida y sufrimiento, pero también de coraje y superación. Como tales, nos sirven como clase magistral de las penurias a las que se enfrentan las mujeres refugiadas y desplazadas.

Muchas de las mujeres que esperan en los CETI la llegada del papel que acredite que pueden recoger los pedazos de su vida y comenzar a reconstruirla han sentido en la piel el terror más inimaginable. Pero han sacado fuerzas de flaqueza y han seguido adelante. A menudo, la experiencia deja cicatrices, en el cuerpo o en el alma. En su mirada se detecta el instinto de supervivencia que las ha ayudado a superar un desafío tan extremo.

Las mujeres suman cerca de la mitad de las decenas de millones de personas desplazadas forzosamente de sus hogares en todo el mundo por la guerra, la violencia y la persecución. Una ojeada a las fotografías y a las historias que nos presenta Francisco Magallón en *Mujer, todos somos una* revela a un tiempo diferencias

y similitudes. No hay dos historias iguales, porque no hay dos mujeres iguales, pero todas responden a un arquetipo: el de quienes, desafiando al destino, se niegan a dar por perdida su vida y la de los suyos, enfrentando la adversidad contra viento y marea (literalmente, en muchos casos) para buscar la seguridad.

Caminar embarazada durante días, con tus hijos a cuestas; tocar a la persona amada a través de una alambrada; oír las palabras de despedida de tu hija justo antes de que el mar la reclame para siempre... ¿Queríamos eso para nuestras hijas, nuestras madres, nuestros seres queridos? Por supuesto que no. Más allá de las dramáticas cifras de desplazamiento forzoso, debemos ver que hay mujeres como nosotras, supervivientes a las que apoyar para que sean agentes de cambio en sus sociedades de origen y acogida.

Mi labor como Representante de ACNUR, y mi anhelo como mujer, es comprenderlas y apoyarlas para que recompongan sus vidas. Estas mujeres son absolutamente instrumentales para mantener estructuras familiares en situación de desplazamiento, y para reconstruir después los países y hogares que se vieron forzadas a abandonar. Cualquier inversión que se haga en ellas –de tiempo, de recursos, de cariño–, se verá multiplicada por cien.

Por ello, acciones de sensibilización como la que representa este libro son muy importantes. En la mayoría de los casos, las mujeres refugiadas y desplazadas son invisibles. Hay que hacerlas visibles ante nuestros propios ojos y los de la sociedad. Ignorarlas no es una opción.

En ACNUR, nuestros esfuerzos se orientan a darles protección, prevenir situaciones de riesgo y explotación –en una crisis, a lo largo del ciclo de desplazamiento se exponen a ser víctimas de violencia sexual o de género–, identificar situaciones de especial vulnerabilidad y proporcionar apoyo en el camino para lograr su propio sustento.

Pero no podemos hacerlo solos. Necesitamos el apoyo de todos ustedes, y que los gobiernos y los líderes internacionales nos escuchen. Todos los días leemos en prensa los retos a los que se enfrentan las mujeres, en cualquier parte del mundo, para alcanzar la plena igualdad. El camino que deben recorrer las mujeres refugiadas y desplazadas es, si cabe, más largo.

Mi mensaje, como Representante y como mujer, es claro: son mujeres como tú y como yo, como tu madre, tu hermana y tu amiga. Han pasado por lo peor y necesitan ayuda para rehacer sus vidas, integrarse y aportar a sus nuevas sociedades. Una ayuda que los Estados están obligados legalmente a prestar y con la que, considero, todos nosotros tenemos el deber moral de contribuir.

Hagámoslas visibles, es muy sencillo.

Solo hay que pasar las páginas de este libro...

FRANCESCA FRIZ-PRGUDA, Representante de ACNUR en España

MUJER, TODOS SOMOS UNA

Lejos estamos de las sociedades en las que lo femenino era objeto de culto, que tenían por divinidad a una diosa y bien interiorizado el ritmo de las estaciones. Es un hecho que la historia, pretendidamente universal, ha sido escrita por hombres y desde una visión androcéntrica, lo que atribuye un rol o papel secundario a la mujer. El androcentrismo conlleva la invisibilidad de las mujeres, la negación de sus derechos y la ocultación de sus aportaciones.

Las circunstancias que se derivan, por lo tanto, crean las condiciones para la exclusión, la violencia, la persecución y, en definitiva, la frustración de muchas mujeres que ven impedido su desarrollo pleno, cuando no la pérdida de sus vidas.

Es cierto que si todas las mujeres del mundo parasen su actividad, este no dejaría de dar vueltas sobre su eje, pero también lo es que muchos de los países que lo componen verían sus economías gravemente afectadas. Millones de niños y niñas morirían de hambre, la vida se pararía.

Es una realidad global que las mujeres son convertidas en el punto más vulnerable de la sociedad, diana del fanatismo religioso y objetivo de las partes beligerantes en situaciones de conflicto, sabedoras estas de que a través del grave daño que se les inflige, se destruyen comunidades y pueblos enteros.

Más allá del momento histórico, del lugar geográfico o de los roles atribuidos, tras bastidores, afectadas por la discriminación de género y la desigualdad de oportunidades, las mujeres siempre han sido el pilar fundamental para sostener a la familia, para la transmisión de valores, la educación y la salud. Una presencia invisibilizada e imprescindible sin la cual hubiera sido imposible la existencia.

Solo tras muchos años de esfuerzo, de forma laboriosa y ardua, ellas van asentando sus derechos en alguno de los países más desarrollados donde son numerosas las que han destacado en la política, la economía, las artes y en las más diversas facetas, desarrollando su vida en libertad, según su voluntad, capacidades, deseos y sueños.

Pero aún queda mucho camino por recorrer para hacer de este mundo un lugar más igualitario y justo, donde los derechos, todos los derechos, de las mujeres estén plenamente garantizados en igualdad de condiciones: de libertad, titularidad de derechos personales, familiares, sociales, económicos, políticos y un espacio para continuar aportando su inestimable labor para el bien colectivo desde una identidad propia.

Mujer, todos somos una comenzó su andadura en septiembre de 2013 de la mano de ACNUR, en el Museo Nacional de Antropología. Una exposición contra las violencias de género, 37 retratos que no pretendían ser una colección de historias personales, sino un reflejo de aquellas mujeres que viven una situación común de violencia por múltiples causas.

Rostros de mujeres que diariamente se enfrentan a diferentes condiciones de vida en el arduo camino por sobrevivir. Una contribución para reducir la invisibilidad de las supervivientes, sensibilizar y concienciar a la población para lograr los cambios necesarios en el camino de la igualdad efectiva.

Ahora, tras cuatro años de itinerancia por numerosas localidades y diferentes espacios, se ha querido llegar aún más cerca poniendo voz a estas mujeres con historias, relatos novelados, que sin ser sus historias personales, salvo las narradas por sus protagonistas, sean un reflejo común para todas aquellas mujeres que comparten su situación.

Este proyecto no hubiera sido posible sin la generosa colaboración y participación de los diferentes autores de los textos, conscientes de esta realidad.

La equidad de género es una tarea de hombres y mujeres, que requiere tiempo, voluntad, compromiso y recursos. Es una tarea de TODOS.

FRANCISCO MAGALLÓN



En Somalia, la nueva Constitución prohíbe la mutilación genital femenina y la define como «práctica habitual, cruel y degradante que equivale a tortura». Pese a ello, muchas mujeres serán mutiladas... solo la educación en cada país conseguirá su erradicación (Somalia).

F. Magallón - España, 2013.



TE VEO, ¿ME VES?

Quiero preguntarte qué ves cuando me miras. ¿Acaso imaginas mi historia? Ni siquiera yo la conozco bien, porque he nacido en ninguna parte, vengo de ninguna parte, y, aunque ahora estoy aquí, no sé si soy de alguna parte.

Mi padre me ha contado que somos de Geneina. ¿Sabes dónde está? Puede que no la encuentres en el mapa, aunque es la capital de la región de Darfur, en el oeste de Sudán, cerca de la frontera con Chad. Puede que alguna vez, en algún informativo de televisión, hayas visto una imagen fugaz de la tierra de mis padres, pero puede también que ni siquiera hayas prestado atención porque, ¡queda tan lejos de aquí! Y las escenas se repiten hasta provocar hastío: aldeas quemadas, personas vagando sin rumbo, familias intentando escapar de la muerte...

Ah, se me olvidaba decirte que me llamo Oúla y que si estoy viva es porque un día mi padre le dijo a mi madre que tenían que marcharse porque si se quedaban perderían la vida como les había sucedido a tantos vecinos y amigos.

La mirada de mi madre refleja mucha tristeza cuando escucha a mi padre recordar los días de Geneina, cuando aquellos hombres llegaban incendiando casas y arrancando la vida a cuantos encontraban a su paso. Mi padre dice que esos hombres mataban porque nuestra etnia es diferente a la suya y nuestras creencias también. Pero

a él le gusta recordar los días en que era solo un maestro... la mirada de mi madre le hace volver a la realidad, a la de hoy, la de aquellos días ha quedado atrás enterrada en el polvo de los caminos del desierto que nos han traído hasta aquí entre vosotros.

Pero no quiero distraerme con recuerdos, así que te contaré que un día mis padres se echaron al camino cogiendo de la mano a mis dos hermanas mayores. Iban dispuestos a encontrar un lugar donde vivir; otro lugar donde no les persiguieran por ser como eran o creer en un Dios diferente.

Paso a paso, respirando el polvo del desierto, aguantando el hambre y la sed, manteniéndose en pie por el deseo de vivir... y así durante días que se convirtieron en meses. Y entonces llegué yo. Nací en el camino y mi vida era un milagro en medio de la nada.

Imagina lo que es nacer en ninguna parte. Imagina a mi madre pariendo en soledad, apretando los dientes mientras el dolor atenazaba su vientre; luchando por su vida y por la mía.

Así que ya sabes que nací en ninguna parte, pero que en brazos de mi madre un día el camino emprendido terminó en un país llamado Libia. Búscalos en el mapa. Está ahí, ¿lo ves?

Mi padre recuerda con agrado los días de Libia. Allí pudo volver a ejercer como maestro, era un lugar donde creyó que podría darnos un porvenir.

Ahora Libia es un país que casi no existe porque la guerra lo ha destruido. Lo habrás visto en televisión... hombres matando a otros hombres... Y de repente, otra vez, el color de mi piel se convirtió en una sentencia de muerte. Nos señalaron como enemigos y de nuevo mi padre tomó la decisión de huir.

Otra vez el polvo, la sed, el hambre, la angustia, los pasos hacia ninguna parte, así hasta que llegamos a un lugar donde había otras personas como nosotros. Las tiendas se alineaban las unas junto a las otras y la gente vagaba por entre ellas sin ir a ninguna parte porque, ¿adónde podrían ir? Aquel trozo de tierra seca estaba en ninguna parte. Allí está Libia, aquí Túnez, nos explicaba mi padre.

Aquellas tiendas formaban parte de un campamento de ACNUR, un campamento para refugiados. Le pregunté a mi padre qué íbamos a hacer allí, hasta cuándo tendríamos que quedarnos, pero se encogió de hombros porque

no tenía respuesta y sentí vértigo al pensar que aquel pudiera ser el final del camino. Tendría que aceptar que si había nacido en ninguna parte viviría y moriría en ninguna parte.

Así que intenté adaptarme al ritmo de los días en los que no sucedía nada más que poder comprobar que estábamos vivos mientras mi madre intentaba dar apariencia de hogar a aquella tienda clavada en el suelo endurecido de una tierra de nadie.

Mi madre nunca se quejaba. Aceptaba el dolor de la vida aunque aquel dolor crecía hasta las lágrimas al mirarnos y pensar que nuestro futuro estaba ya escrito y viviríamos el resto de nuestras vidas confinados allí.

Ahora yo te miro y tú me miras porque un día ocurrió el milagro. No me preguntes cómo fue ni por qué, solo que unos hombres llegaron y hablaron con mi padre y con los padres de otros niños como nosotros. Mi padre le explicó a mi madre que nos iríamos de allí, que nos iban a llevar a un país llamado España que estaba al otro lado del mar.

Ahora estoy aquí, entre vosotros, y tú me miras y yo te miro pero, ¿qué ves?

JULIA NAVARRO

Julia Navarro. Escritora y periodista. Después de escribir varios libros de actualidad política, ha publicado novelas de gran éxito como *La Hermandad de la Sábana Santa*, *La Biblia de barro*, *La sangre de los inocentes*, *Dime quién soy* y *Dispara, yo ya estoy muerto*.



La quema sistemática de aldeas, los asesinatos masivos, la limpieza étnica y religiosa han obligado a desplazarse a miles de personas... nacida en el exilio, posiblemente, nunca conocerá la tierra de sus padres.

F. Magallón - Sudán. Refugiada reasentada en España. Madrid, España, 2012.



RATAS EN EL PARAÍSO

Yo no tengo permiso ni para morir. Me las ingenio bien para cocinar la nada y hay veces que los bichos no saben a bichos. No hay más reto que la tripa vacía de un hijo. O de dos. O de cinco. O de los siete, los que nacieron del amor y los que vinieron de la mordaza, los golpes y el jadeo de un hombre sin mirada, el señor de la casa.

Aquí, en el paraíso, nunca nos aburrimos. De día limpiamos zapatos a cambio de maíz o vendemos ovillos de hierro. Si las ratas nos han dejado dormir, tenemos fuerzas para rebuscar objetos en esta llanura rica en pobreza. Y si no, también.

Un día, cuando mi marido no me vea, les enseñaré mis piernas. Hay tardes que juego a saber cuántos años tengo por la antigüedad de las mordeduras de rata en mi piel, como los anillos de los árboles para adivinar su edad. Yo creo que tengo 50 mordiscos, medio siglo de vida. Ya va siendo hora de morirse. Pero no me dejan.

Yo nací en una casa de madera y latón y nunca he pulsado un interruptor de luz. En mi vida siempre ha sido de noche. Cuántas veces hubiera querido iluminar el mundo para saber quién dispara a nuestros vivos muertos, quién nos viola y quién secuestra a nuestras hijas para venderlas como esclavas sexuales al otro lado del Caribe.

Yo no sé leer ni escribir. Solo sé pensar. Sé que al norte de la isla las mujeres de 50 mordeduras comen a diario, viven en casas que aguantan terremotos, tocan agua transparente y tienen bombillas. Aunque, seguramente, no se libren de las órdenes de sus hombres y de las violaciones legales de sus maridos.

Sé que los haitianos somos los inmigrantes de los inmigrantes, los pobres de los pobres. Sé que mi país no es un país, que muchos hombres van armados, que no hay escuelas públicas, que los virus no son informáticos, que ya no hay bosques, que si llueve inunda y que el dinero internacional se pierde. Que somos una isla desierta.

También sé que hay gente que nos intenta ayudar. Incluso blancos. Nos traen arroz, legumbres y medicinas. Y agua sin color y sin olor. Intentan que sepamos más y que nos organicemos. Pero aquí, en el paraíso, las únicas que se organizan son las ratas.

Y hay una cosa más que sé. Sé querer. Quiero a mi familia, quiero a los que son como yo porque nos miramos, quiero a las mujeres porque soy una de ellas y ellas son una de mí.

Ya no sé si quiero a Dios. Sé a quién no quiero. Y no quiero el paraíso. Por eso no puedo sonreír para la foto. Por eso no me puedo morir.

RAFAEL J. ÁLVAREZ

Rafael J. Álvarez. Periodista de El Mundo, focalizado en la vida de los excluidos, la denuncia a las violaciones de los Derechos humanos, los estragos de las posguerras, la desigualdad, el hambre o la violación estructural y física de la mujer, trabajos por los que ha recibido diversos premios.



Lugares desolados, en medio de la inmensa nada, donde conviven miles de personas sin las más mínimas condiciones, sin alimento, desnutridas y ahogadas... heridas en el alma.

F. Magallón - Haití, 2011.



PARTERA DE MI DESTINO

Acompañó a la Madre sentada entre sus brazos: ella me muestra propósitos y sagradas raíces; yo le devuelvo frutas. Los pensamientos negros se enredan en mis piernas y le tejen blancuras al cabello y al manto. Sagrada barca soy, sobre mi territorio arde una flor pequeña.

Pero no sé narrar, así que canto, o rezo en el silencio sin levantar la vista.

Canto para que las palabras aneguen la violencia del destino.

Porque, verás, mi amiga: me vistieron de un cuerpo cuyo lamento daba perseverancia al alma y la hacía mortal. Solo las aguas muestran el deber de seguir: en India, ser un río es ser una mujer, como lo somos todas... India es el mundo. En el mundo te encuentro, todas una lo somos.

De aquel brote ancestral, de ese envoltorio a orillas de lo oscuro, nace esta historia mía, y esta tela, y el sándalo que guía y restituye. Huérfana fui, mujer como lo somos todas: una en la oscuridad donde nacer. No hubo renglón heroico en los relatos: solo escribimos versos.

Porque, verás, mi amiga: las niñas pueden no tener nombre, pueden domesticárseles los ojos y ser ciegas, pueden andar creyendo que ser mujer es daño, como es que el pecho crezca o se te suba un hombre sobre la dignidad.

Puede que ser mujer sea cargarse la vida en la cabeza y llevar maldiciones que no borra el progreso. Puede que, incluso un día, esa niña descubra que se acerca su muerte y, por primera vez, sienta la intensidad de ser acariciada por la Tierra.

Todas ellas fui yo. En mi mirada de cristal se reveló la *devi* cuando extendí las manos para rozar las tuyas. Tus manos son mis manos, la danza traza mapas de aire y de colegios, de infinitas mujeres y amores infinitos. Y como en los poemas, el polvo se hace aceite y la nada, paisaje.

Mis manos son raíces, luz es mi ropa, este lugar embriaga de saber y de tiempo. Mi cuerpo acoge sueños de tantas que no sueñan. Y entonces, muevo los dedos y un loto se despierta: soy yo, mujer soy, todos lo somos, una. *Om mani padme um*. Soy la partera de mi propio destino, con esta danza corto el cordón que me ata, sangra el sagrado verso, lo repito contigo: paciente diligencia, generoso saber, disciplinada dicha. Mujer soy, como tú: como tú, todas una. Mi mano, que es tu mano, nos bendice (pétalos se derraman en la historia, la hermocean, la salvan, la cubren, la prolongan).

MARIFÉ SANTIAGO BOLAÑOS

Marifé Santiago Bolaños. Doctora en Filosofía, profesora en la Universidad Rey Juan Carlos y Concejala de Cultura del Ayuntamiento de Segovia. Es Vicepresidenta de la asociación «Clásicas y Modernas para la Igualdad de género en la cultura» y autora de novelas, poemarios, teatro y relatos.



Dadoras de vida y pilar fundamental para el sostén de la familia, la transmisión de los valores, la educación, la salud... sin ellas hubiera sido imposible la existencia.

F. Magallón - India, 2011.



¡HOLA!

MI NOMBRE ES TRISTEZA

Soy uzbeka pero nací en Kirguistán. Ahora me despierto todos los días en un campamento de Uzbekistán aunque ya no sé exactamente dónde malvivo con la única hija que me queda tras salir huyendo de mi casa: lo he perdido todo.

Tengo la sensación de haber muerto en vida por todo lo que he tenido que pasar. También tengo la sensación de que soy invisible y transparente. Hasta aquel día en el que un grupo de hombres kirguisos decidió que nunca más iba a ser traslúcida. Fueron casa por casa en mi pequeña aldea, separando a hombres y a mujeres. Nos subieron a un autobús junto a mis vecinas, algunas de ellas embarazadas. Las que se resistieron no subieron ni al bus: les pegaron un tiro en plena calle y alguna fue violada delante de todas nosotras como para demostrarnos que eso era lo que nos esperaba si nos resistíamos. Yo no los atraía, no soy tan joven, aunque tengo muchos menos años de los que están pensando. Pero mis hijas sí, y todo mi esfuerzo estaba concentrado en evitar que

las vieran. No lo conseguí: a dos de las tres se las llevaron a otro lugar y no las he vuelto a ver. Se las llevaron gritando mientras les arrancaban la ropa. Solo me dejaron a una, la más pequeña. Que ahora me pregunta a todas horas por sus hermanas, a las que estoy convencida que no volverá a ver. Nos prometieron que nos llevarían a la frontera con Uzbekistán para poder cruzar y dejar de sufrir lo que ellos llaman un conflicto étnico. Pero esto no tiene nada de étnico: nos atacan, nos violan, nos matan por ser mujeres, no por ser uzbekas. Para ellos estamos en el lugar equivocado, en el momento equivocado y tenemos el género equivocado. Pero, sobre todo, ante sus ojos somos débiles. Ellos son más, más cobardes y sobre todo más fuertes: nadie nos defiende ni nos ayuda y el mundo no se entera de lo que nos pasa.

Cada mañana, casi en blanco y negro, tengo la sensación de no tener futuro. O peor aún: la sensación de que el futuro se va a parecer muchísimo al presente y de que mañana será igual a hoy. La certeza de que tus hijas, en el caso de que sobrevivan, vivirán peor que tú si nadie lo remedia. Y depender del miedo, de que sea siempre el primer y el último pensamiento del día, o de que cuando llaman a la puerta de esta casa donde me veis, pienses inevitablemente que vienen otra vez a por ti.

¡Hola!

Mi nombre es Tristeza.

Soy uzbeka pero nací y morí en Kirguistán. A mí ya no podéis ayudarme. Pero a mis hijas sí.

ALFREDO MENÉNDEZ

Alfredo Menéndez. Periodista. Al frente de las mañanas de Radio Nacional, ha desarrollado su carrera en Radio Voz, Onda Cero, y colaborado también en otros medios como El País, La Razón y Televisión Española. Premio Nacional de Radio 2015 y Antena de Oro 2015 en la categoría de radio.



Convertidas en el punto más vulnerable de la sociedad, diana del fanatismo religioso y objetivo en situaciones de conflicto.

F. Magallón - Uzbekistán, 2009.



NO TENGO MOTIVOS PARA SONREÍR

No tengo motivos para sonreír. Hace algo más de 15 años, cuando aún era una niña, mi abuela materna decidió que era el momento de convertirme en una mujer pura, que ya podría rezar, que me prepararía para el matrimonio y la fidelidad... Y todavía me estremezco el recordar el filo de la hoja de afeitar, el dolor profundo, la sangre que manaba sin cesar de mis entrañas. Todavía siento las manos que separaban con fuerza mis piernas y el llanto, alojado ya para siempre dentro de mí. Estuve a punto de morir por la hemorragia y durante más de un año tenía permanentes infecciones. Cuando me casé –y sin que lo supiera mi marido– de nuevo me introdujeron la cuchilla, para abrir una vagina casi cegada por las cicatrices. Y de nuevo, el dolor, la sangre, la incompreensión ante tanto sufrimiento. Quería a mi marido, pero no podía soportar que me hiciera el amor. Desde el primer momento relacioné sexo con dolor, me negaron la posibilidad de disfrutar, de dar placer, de sentirme mujer, de querer engendrar a mis hijos. Mi primer hijo murió asfixiado durante el parto. No podía salir por una vagina estrecha y llena de costuras por las carnicerías a las que me vi sometida durante mi vida. Y ya mi segunda hija

vino al mundo por cesárea. Está aquí, en mis brazos. Y no tengo motivos para sonreír. Estoy sola. La familia de mi marido nunca entendió que me negara a someter a mi hija a un rito que solo busca anular nuestra condición de mujer, de ser humano con capacidad para amar. No conozco otro mundo y no sé cómo viven otras mujeres, solo sé que esto no puede ser bueno. Empiezan a llegar personas a mi pueblo que nos hablan de que hay que terminar con la ablación, parece que la ley lo prohíbe, que ya no es algo socialmente reconocido, pero yo veo a las mujeres mayores que la siguen practicando a escondidas, que siguen pensando que es necesario... Y ahora solo reservo fuerzas para proteger a mi hija de la mutilación que le amenaza por ser mujer. No lo voy a permitir, quiero que entiendan que lucharé por su integridad como hubiera luchado para evitar que le cortaran una mano. No tengo motivos para sonreír. Pero quiero luchar para que ella, mi hija Debo, sí los encuentre.

TRINIDAD JIMÉNEZ

Trinidad Jiménez. Licenciada en Derecho, es Directora de Estrategia Global de Asuntos Públicos en Telefónica, S.A. Experta en Relaciones Internacionales, ha sido Secretaria de Estado, Ministra, candidata a la Alcaldía de Madrid y concejala de dicho ayuntamiento.



Ablación: eliminar una parte impura, garantizar la fidelidad, evitar la impotencia del marido... causas y excusas de la tradición que esconden una carnicería que mantiene presas a las mujeres.

F. Magallón - Mauritania, 2008.



TALAQ

Ser musulmana en India es difícil. No existe una legislación civil aplicable a toda la ciudadanía en materias tan importantes como el matrimonio, el divorcio y las sucesiones. Estas cuestiones se regulan por las normas de cada comunidad religiosa y la musulmana solo concede a las autoridades islámicas la posibilidad de interpretar la Sharia. No hay norma, solo interpretación. Así vivimos, supeditadas a la interpretación.

Mi hermana recibió un mensaje de su marido en su teléfono móvil: «*Talaq, talaq, talaq*». Enmudeció primero. Lloró amargamente después. No sabía el motivo pero sabía que era el final. Inapelable, indiscutible. Estaba divorciada. Solo con la recepción de ese mensaje. Lo había perdido todo. Había venido a visitarme y ya no tenía casa a la que regresar.

La interpretación que las autoridades islámicas hacen de la Sharia permite que el marido, incluso en ausencia de su mujer, diga o escriba tres veces *Talaq* y esté divorciado. Le sucede a muchas mujeres indias. Mi hermana es una más. Es injusto. Si ella hubiera pretendido divorciarse, las trabas burocráticas y procesales habrían sido un tortuoso camino.

Ella no habría podido casarse por otra vía que no fuera la religiosa. La sociedad, la familia lo habrían prohibido: la dominación. De hecho, ella no habría osado pensarlo. Ahora escucha los reproches de quienes nos rodean: la culpa del repudio. Habrá hecho algo –piensan todos–, mientras ella teme cómo encarar el presente de sus hijos sin fuerzas para pensar si habrá futuro.

Miren la pared tras de mí. Este lugar es símbolo de una paradoja. El Taj Mahal es el mausoleo que se identifica con una de las más grandes historias de amor, la de Shah Jahan, emperador mogol de la India y la princesa persa Arjumand Banu Begum, a quien su esposo cambió el nombre por el de Mumtaz Mahal (Joya del Palacio). Para cuando contrajeron matrimonio, él ya tenía dos esposas más y, después, volvería a casarse al menos otra vez.

La mirada al Taj Mahal se hace obviando el trabajo de más de veinte mil personas durante veinte años. La leyenda cuenta que Jahan ordenó cortarles las manos a parte de los artesanos, los arquitectos y algunos obreros para que no pudieran reproducir la belleza del mausoleo. También se cuenta que la majestuosidad hizo que se privara al pueblo de necesidades para seguir construyendo con la opulencia que sus pretensiones le pedían. Pero cuando venimos aquí, solo vemos la Joya de Agra, una de las maravillas del mundo. No vemos más allá de la parte fascinante de la historia.

Si es cierto que Mumtaz Mahal era la favorita, la que amó profundamente, la que le ayudó en la toma de las decisiones sobre el gobierno, la que hizo que entristeciera profundamente el día que falleció y no se recuperara, con la que compartía, con la que viajaba, la madre de los hijos que le sucedieron... ¿Cómo era la vida del resto de sus mujeres? ¿Es mejor vivir así con la sumisión emocional y las necesidades cubiertas o escuchar *Talaq*?

Casi cuatrocientos años después, los derechos de las mujeres musulmanas en India siguen siendo un sueño. Miremos, escuchemos, más allá de ver y oír. Las voces silenciadas trascienden el sueño de amor que se vende en postales del Taj Mahal.

CRUZ SÁNCHEZ DE LARA

Cruz Sánchez de Lara. Abogada. Presidenta de *THRibune: Tribune for Human Rights* y Miembro del Consejo de Administración de El Español. Activista en la defensa de los derechos humanos, ha sido reconocida con varios galardones, como el Premio Women Together 2012.



Más allá del momento histórico, del lugar geográfico o de los roles atribuidos, afectadas por la discriminación de género y la desigualdad de oportunidades.

F. Magallón - India, 2011.



CHALI, UN LUGAR OLVIDADO EN LA INMENSIDAD DE SUDÁN

Era el 6 de junio de 2006, es decir, hace una eternidad de olvido, ahora que el tiempo se acelera porque hemos olvidado la manera de prestar atención.

Tardé en aprender, porque no me lo dijeron en la facultad, que el periodismo consiste en ayudar a ponerse en el lugar del otro. Tardé en aprender, porque no me lo enseñaron en ningún sitio, salvo leyendo los libros de otros compañeros periodistas menos ensimismados en su ombligo, o en el ombligo de su patria, fuera la que fuera, que nuestro oficio consiste en prestar atención.

Era el 6 de junio de 2006, hace más de diez años, cuando todavía se viajaba con relativa frecuencia y la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) se había animado a trasladar a un grupo de reporteros españoles a varias regiones del asendereado Sudán (entonces todavía era un solo país, el más grande de África) para ver cómo se cocía la vida y la muerte en Darfur y cómo se reconstruía la vida y regresaban los refugiados a un lugar atezado por el sol llamado Chali, en la región de Blue Nile, es decir, Nilo Azul.

La memoria es un animal muy extraño que se comporta de manera imprevisible. Recupero lo que escribí entonces para que los vagos recuerdos de Chali no me traicionen, no me hagan una mala jugada.

Asistimos al lento regreso de vecinos que habían buscado refugio en Etiopía. Ante la destrucción generalizada causada por las tropas de Jartum, los antiguos habitantes de Chali se habían puesto manos a la obra para levantar tukules, la tradicional choza de ramas trenzadas y paja de pueblos como el uduk, que es mayoritario en

el valle de Chali. Es admirable cómo plantean cada choza, con qué armonía entrelazan ramas que en sus manos parecen volverse flexibles como el bambú, y luego tejen tejados que les amporen del calor inusitado y del frío que suele presentarse siempre con la noche.

Recuerdo que hablé con Sera Yesua, que tenía entonces 27 años y cuatro hijos, todos nacidos en el exilio en Etiopía, donde en aquel entonces seguía viviendo su marido. Ella me dijo que estaba segura de que él, tarde o temprano, volvería. Recuerdo que Sera Yesua, como la mayoría de las mujeres con las que hablamos, se echaba a reír ante cada pregunta que le formulábamos a través de la traductora. Como en otros muchos pueblos africanos, las mujeres son las que más trabajan. En su caso, la tradición les permite rechazar a su marido y volver a casarse si su pareja les maltrata o no se convierte en «un buen proveedor», que es otra forma de denominar al cabeza de familia, al padre. A diferencia de otras etnias sudanesas, como los nuer o los dinka, los uduk, que en su mayoría practican la religión católica, no son belicosos.

Habiba tenía entonces 18 años y quería ser maestra. Cristiana, tenía el pecho orlado de escaras: dibujos geométricos, rectos y ondulados, una forma de belleza que se logra tras no poco sufrimiento.

No he vuelto a Chali desde aquel junio de hace más de diez años. Y me gustaría. Para comprobar si los tukules se convirtieron en casas más sólidas, y si Sera y Habiba han tenido la vida que esperaban cuando regresaron del exilio en Etiopía al Sudán, del que apenas hablamos, que olvidamos copiosamente, como buena parte de los lugares de la Tierra que pensamos que no nos conciernen. Porque hemos olvidado que todos fuimos, somos y seremos emigrantes. Fuimos, somos y seremos refugiados.

ALFONSO ARMADA

Alfonso Armada. Periodista, escritor, dramaturgo y poeta. Ha cubierto los conflictos de Sarajevo o el genocidio de Ruanda. Editor y director de la revista digital FronteraD y del suplemento ABC Cultural, es vicepresidente de la sección española de Reporteros sin Fronteras.



Tras dos décadas de exilio y con la ayuda de ACNUR, 2.000 refugiados, en su mayoría niñas y niños huérfanos, regresan a la tierra que antes ocuparan sus abuelos... ya que sus padres y madres murieron durante los combates.

F. Magallón - Chali, Sudán, 2006.



¿QUÉ MIRAS? ¿QUÉ VES? ¿QUÉ ES LO QUE MIRAS? ¿QUÉ QUIERES VER?

Buscas en mis ojos y en los surcos de mi cara las huellas del desierto, los pastos, los camellos y los campamentos. Pero no diré nada.

Buscas en mis ojos el rastro de mi estirpe árabe, beduina y mauritana. Forjada en los invisibles caminos del desierto, por donde navegaron mi madre y mi padre, y antes que ellos los suyos, sin más fronteras que la luz de las estrellas.

Quieres mirar lo que esconden mis manos, las marcas que han dejado la tarea de buscar el agua esquivada de los mil y un pozos menguantes. Manos capaces de hacer el trabajo de dos burros, de portear las prendas de una vida, de ocuparse de lo que otros no hacen, de sembrar, recolectar y moler el grano. Las mismas manos que esta mañana recogían los huevos de la única gallina que nos ha dejado la lluvia ausente. Pero no diré nada.

No verás lo que tapa mi melfa, mi mejor melfa negra. Un nudo, dos nudos y cuatro metros de tela, que envuelven un cuerpo, en otro tiempo cebado con leche de camella y mijo, al gusto de quien tendría que pagar mi dote. Pesadilla nocturna del lebouh, que consigue traer el recuerdo de aromas de vómito y hartazgo a un cuerpo que ahora ya se intuye huesudo y enjuto.

No verás las marcas que en mi vientre y en mi cuerpo dejaron las tres veces que tuve un pie en la tumba, ni las que dejó el reproche de parir dos niñas en primer lugar. Pero no diré nada.

Ha querido Alá que viva lo suficiente para ser Sheij, aunque no me sea concedida tal dignidad. He vivido más que aquellas que me acompañaban en las veladas junto al fuego con la emoción expectante y nunca cumplida de los poemas recitados a escondidas a Şaydi, a aquel al que amaba, a aquel que vio en mi cara los ojos de una oveja y se perdió en el oeste. Del tiempo de la vida he aprendido mucho más de lo que lo hubiera hecho en la negada madrasa recitando los versos del Corán.

He aprendido del deambular de quienes caminan el desierto. De los que se pierden en el norte y no vuelven. De los que vienen a llevarse las riquezas del desierto, de los que huyen, de los que persiguen, de los que matan, secuestran e imponen sufrimiento en nombre de una tradición que no es la nuestra y que no me ha visto sino como campo de batalla de una guerra de la que solo he sido botín. He aprendido que todo cambia para que todo siga igual como hacen las dunas en un desierto inmutable.

Soy Aicha. Cuido del desierto y de quienes lo habitan. De mí y de las de mi estirpe depende el futuro del mundo. Ojalá que pudieras verlo cuando me miras. Pero no te diré nada.

MARISA SOLETO

Marisa Soletto. Licenciada en Derecho. Directora de la Fundación Mujeres. Su experiencia profesional está referida al desarrollo de políticas públicas en materia de igualdad de oportunidades en el ámbito de la participación y reivindicación social de las mujeres.



Cuando el sol es abrasador, se hace difícil distinguir lo negro de lo blanco; la tierra, de la gente... mientras, las mujeres trabajan incesantemente para revivir entre arena, palos y paja.

F. Magallón - Mauritania, 2008.



UN CEMENTERIO DE NIÑAS

Mi madre no me deseaba. La madre de mi madre no la deseaba a ella. La abuela de mi madre tampoco deseó a su hija. Ni su madre, mi bisabuela, ni mi tatarabuela antes, habían deseado a su bebé.

Todas fuimos madres contra nuestra voluntad. Todas esposas a la fuerza. Todas forzadas, violadas. Todas niñas. Entregadas por nuestros padres a otros ancianos como ellos. Nuestros padres tenían la edad de nuestros abuelos. Nuestros maridos también. Mi madre decía que de hombres tan mayores solo pueden nacer mujeres, porque su semilla no tiene fuerza para hacer otro hombre y que así se aseguraban de mantener la tradición. Yo respondía que eso no era cosa de ellos sino nuestra, que las mujeres de esta familia éramos tan fuertes que solo paríamos a otras mujeres tan duras como nosotras.

Me quedé embarazada la misma noche de bodas. Él me tumbó en la cama, me levantó el vestido hasta taparme la cara y me metió su cosa dentro mientras se movía como un perro nervioso. Pronto empezó a tener espasmos. Parecía una anguila fuera del agua. Creí que estaba teniendo un ataque o algo porque jadeaba con dificultad, casi tosiendo, con sus pulmones cansados y roncós. Me dolió y sangré mucho. Él cayó rendido por aquello y por la fiesta de todo el día. Yo tenía trece años.

Todas éramos aún niñas cuando engendrábamos a otras niñas. Niñas dando a luz a otras niñas. Niñas que mueren por dentro para que otra pueda crecer en ellas. Nuestros cuerpos son una cuna y una tumba. Yo soy un cementerio de niñas. Llevo en mí a todas las muertas de mi familia que, como yo, no pudimos crecer ni tener adolescencia, que no llegamos a ser jóvenes ni salimos con las amigas ni tuvimos un novio guapo que nos cortejara y con el que viajar a esos países lejanos que veíamos en el teléfono, el ordenador o la tele. Llevo en mí enterrada a la niña que no pudo cumplir el sueño de ser médica para salvar otras vidas, porque ni la suya pudo salvar siquiera.

Pero pienso salvar la de mi hija y evitar que a mi nieta le hagan lo mismo. Ninguna deseábamos a nuestras bebés pero algunas aprendimos a quererlas. No mi madre, que siempre me trató como la extraña que se había llevado su infancia, pero sí mi abuela, que nos quiso a las dos porque la salvamos de morir de pena.

Así quiero yo a mi hija. Ella me devolvió la vida y la alegría que me quitaron. No dejaré que se la lleven ahora que va a cumplir la misma edad que yo tenía cuando me entregaron. Hubiera querido tener un hijo que rompiera esta cadena, que no pudiera ser vendido, regalado. Pero nuestros vientres no quieren engendrar hombres. A veces creo que se niegan a llevarlos dentro, que parimos hembras para defendernos entre nosotras.

Eso voy a hacer. Defendernos. Solo hay una manera de acabar para siempre con esta estirpe maldita. De poner fin a este cementerio de niñas. Enterrarnos a todas en él para que no nazcan más mujeres. Si no nos dejan ser dueñas de nuestra vida, al menos lo seremos de nuestra muerte.

JAVIER GALLEGO GARRIDO

Javier Gallego «Crudo». Periodista, músico y poeta. Dirige el programa de radio Carne Cruda, el primero en España financiado por sus oyentes, por el que ha recibido el Premio Ondas. Guionista de «Caiga quien caiga», ha presentado diversos programas en radio y televisión.



Bajo la excusa de la tradición para proteger la pureza sexual de la niña, para liberar de una carga económica a la familia o por la propia Ley, muchas mujeres son obligadas a casarse a una edad precoz, sin posibilidad alguna de ejercer sus derechos... embarazos, partos prematuros, servidumbre doméstica y sexual.

F. Magallón - Sudan, 2006.



AMOR Y CRIMEN

Me llamo Sakina, tengo 14 años. Soy una chica afgana soltera de la provincia de Baghdis, en el extremo más occidental de Afganistán. Llevo muchos años triste y silenciosa debido a la ira y la tristeza que se vive en mi casa. Somos granjeros de subsistencia pobre, pero no hemos sufrido por la pobreza sino por los 40 años de guerra continua. El hermano mayor de mi padre fue asesinado por los soviéticos en 1982 cuando estaba arando sus campos. El hermano pequeño de mi padre fue asesinado al principio de la guerra civil en 1992, tras alistarse en una de las milicias de los señores de la guerra.

Mi hermana mayor, madre de 4 hijos, fue asesinada en un bombardeo de los talibanes en 1997, cuando los talibanes intentaban conquistar todo el país. Uno de sus hijos fue mutilado por una mina y perdió su pierna derecha. Las mujeres son las que más han sufrido en estas múltiples guerras, porque no tienen vida fuera de la familia y si los miembros de la familia mueren cada día, entonces las mujeres no tienen vida, salvo llorar su pérdida.

Las guerras han destruido la estabilidad mental de hombres y mujeres y la violencia y la ira están presentes en todas partes. No hay médicos para curar el daño mental o el dolor físico. No hay suficiente comida o dinero para alimentarnos adecuadamente, y nosotras, las mujeres, somos siempre las últimas en comer, normalmente solo los restos de la mesa. El maltrato a las mujeres es ahora mucho más común que antes, porque los hombres han

sido maltratados por los señores de la guerra o por los americanos o los talibanes, y tienen que descargar su ira en algún sitio.

De modo que, cuando conocí a Sabs y él fue amable y cariñoso conmigo, inmediatamente me gustó y ansiaba su compañía. Sabs tenía 22 años y un primo lejano que vivía en otro pueblo y venía periódicamente a nuestro pueblo para vender sus productos, normalmente instrumentos de cocina. Empezó a venir más y más a menudo y solíamos escondernos detrás de las casas o en las montañas para pasar una hora o así juntos. Yo nunca antes había hablado con un hombre de una manera tan franca. Le conté todo acerca de la indignación de mi familia y del deseo de mi padre de culpar a alguien por sus tragedias y vengarse.

Sabs tiene una preciosa sonrisa y es cariñoso y sabe escuchar a las mujeres, a quienes nadie ha escuchado antes. Su alma no ha sido herida por la guerra y las luchas. Fue muy fácil enamorarse de él. Pero tuve que decirle que ya estaba comprometida desde los seis años con mi primo mayor. Eso no puedo romperlo ahora, pero lo haría por Sabs y me escaparía con él si me lo pidiera. Pero mi padre sospecha algo entre nosotros y he de tener cuidado.

Sakina no pudo terminar su historia. El 2 de julio de 2017 Sabs y Sakina fueron asesinados a tiros por el padre de Sakina cuando estaban hablando en el mercado. Fue un asesinato de honor por parte del padre, simplemente uno de los 3.000 que se producen cada año en Afganistán, en los que las víctimas son normalmente mujeres. El padre de Sakina abandonó el pueblo inmediatamente y se unió a los talibanes, sabiendo que no sería castigado por defender el honor de la familia.

AHMED RASHID

Traducción: Mercedes Jaime Siso

Ahmed Rashid. Periodista y escritor, autor de libros traducidos a numerosos idiomas, escribe para la BBC Online, el Washington Post, El Mundo, The International Herald Tribune, The New York Review of Books, entre otros. Ha cubierto las guerras en Afganistán, Tayikistán y Paquistán.



Un lugar donde la visión, su visión, su sumisión, les lleva a ver la vida desde una ventana cercenada de libertad y desprecio... ante nuestra impasibilidad.

F. Magallón - Afganistán, 2010.



NO SABÍA LO QUE ERA UNA ESCUELA

No sé qué edad tenía cuando comencé a plantar espigas de arroz. Recuerdo cómo se hundían mis pies en la tierra inundada y dúctil de la parcela, que entonces me parecía enorme. Por el contrario, cuando crecí comprendí que el terreno era tan pequeño que no daba grano suficiente para llenar el estómago todos los días. Plantar fue mi primer trabajo, luego aprendí a limpiar de hierbajos las bien trazadas líneas del arrozal y, por último, a cortar los tallos y recoger las espigas.

Casi todas las niñas de la aldea trabajábamos en el campo. Los niños, sin embargo, se iban temprano a una escuela que había en el pueblo vecino. Yo no sabía lo que era una escuela, solo que ellos se iban y volvían casi al mismo tiempo que nosotras acabábamos las tareas del cultivo, por lo que pensé que debía de tratarse de otro trabajo. Permanecí en mi engaño hasta que le pregunté a un niño por qué su ropa estaba seca. Nosotras siempre andábamos con los vestidos húmedos. La escuela era algo tan inalcanzable que ni siquiera soñé con ella hasta que no parí a mi primera hija. Tenía 14 años.

Nunca distinguí entre vida y trabajo. Cuando me casé dejé de atender la tierra de mis padres para cultivar la de mis suegros. Como nunca me han pagado por lo que hago, veo mi quehacer como la rueda con la que anda el carro donde va toda la familia. Al igual que el sol sale todas las mañanas, mi trabajo comienza cada día al alba y, enredado en mil rutinas, prosigue hasta el ocaso. Con frecuencia es un trabajo pasado por agua, regalo sagrado de las lluvias monzónicas.

En mi aldea somos principalmente las mujeres las que trabajamos el campo. Siento que la tierra me espera para que la germine con el mismo afán con que mis hijos buscaban mis pechos para alimentarse. Cuando los granos de arroz están cebados y el verde intenso con que han crecido comienza a dorarse, contemplo orgullosa el fruto de mi dedicación y mi esfuerzo. Plantar, cuidar, cosechar y volver a plantar, ese es el ciclo interminable que nutre mi vida y requiere toda mi atención.

Las mujeres nos ocupamos también de los hijos. Sobre nuestras fuertes espaldas recae el grueso del trabajo diario. Nadie espera que sea de otro modo, pero en los últimos años se ha abierto una puerta en la pesada tradición que nos condenaba a trabajar sin límite y sin conocimiento alguno. Mi hija ya sabe lo que es una escuela. Conoce las letras y los números aunque solo fue dos años. Tuvo que ayudarme después de que sus dos hermanas murieran al estallarles la bomba de racimo que desenterraban. La habían lanzado los aviones que aterrizaron mi infancia. Mi nieta aún es pequeña, pero cuando crezca asistirá a la escuela todos los años necesarios. Yo solo sé trabajar el campo, ella tendrá que aprender otras cosas.

GEORGINA HIGUERAS

Georgina Higuera. Periodista y escritora especializada en Asia. Ha sido delegada de la Agencia EFE en Pekín y corresponsal de guerra y enviada especial para Asia del periódico El País. Ha cubierto numerosos conflictos en Asia y Oriente Medio.



Si todas las mujeres del mundo parasen su actividad, este no dejaría de dar vueltas sobre su eje... pero la economía se vería gravemente afectada, millones de niños y niñas morirían de hambre, la vida se pararía.

F. Magallón - Laos, 2010.



¿NO LO VES?

Oirás que me llaman víctima. Pero no lo soy. Dirán que soy una superviviente, pero tampoco. En ocasiones me gritarán «puta». Y las más de las veces ni me verán, ¿cómo van a llamarme nada? Un número a lo más en un registro del enésimo campo de refugiados levantado en un país que hace ya demasiado tiempo que dejó de ser refugio.

Desde aquel martes 12 de enero de 2010 a las 16:53 en que Haití tembló como si el mundo renegara de nosotros y quisiera expulsarnos de su corteza, no recuerdo mi nombre. No quiero recordarlo porque con él llega la memoria de los que quedaron bajo los escombros. Sangre de mi sangre. Muertos. Mis benditos muertos.

Primero fue el temblor. Vinieron después las horas de búsqueda desesperada, el llanto agotador, el hambre y la sed, la batalla por proteger la vida que el destino, la fortuna, la providencia o vete a saber qué dios, decidió conservarme frente a todo pronóstico. Por eso no me siento víctima. Porque me libré.

Superviviente, dijeron. ¿Se le puede llamar sobrevivir a esto? No había tiempo para pensar los porqués. Tampoco para reclamar al gobierno corrupto y opresor por las condiciones indecentes en que estaba el país antes de ser zarandeado por las placas tectónicas. Por las condiciones indignantes en que se habían construido los edificios que caerían al suelo como naipes de un castillo de cartón en imposible equilibrio. Porque pronto llegó el miedo. Miedo a volver a temblar. Miedo a volver a morir. O peor: a vivir en un país en el que la vida no vale nada y menos aún si eres mujer como yo.

No recuerdo mi nombre pero sé quién soy. Soy yo: la mujer que a duras penas sonríe a la cámara. Que a duras penas sonríe a la vida que le ha tocado en suerte volver a vivir. Soy yo. ¿No lo ves? Estoy aquí venciendo el cansancio y la rabia, dispuesta a protagonizar esta página, no por mí. Ni por los familiares que no lo contaron. No por el pasado ni por este presente de tiendas de lona y agua racionada, olvidos internacionales y tiempos demasiado muertos. Estoy aquí por ti. Por cada mujer que debe sumar a las catástrofes y la injusta pobreza la humillación de ser violada, de verse prostituida para sobrevivir, de ser vendida por su familia para que otros puedan subsistir, de ser explotada para que la miseria no mate lo que el terremoto salvó. Todo eso ocurre aquí. ¿Pero no lo ves? No soy una víctima más de las cientos de millones que caen cada día a las cunetas de la vida. No soy una de las supervivientes que debe defenderse de violadores, explotadores, maltratadores. No soy una puta. ¡No! Soy yo. No tengo nombre, pero sé quién soy. ¿Lo sabes tú? Mírame a los ojos y di tu nombre, mi nombre, su nombre. Todos los nombres. Mira mi pañuelo y mi sonrisa y grítalo de una vez: Dignidad. Así me llamo. Esa soy.

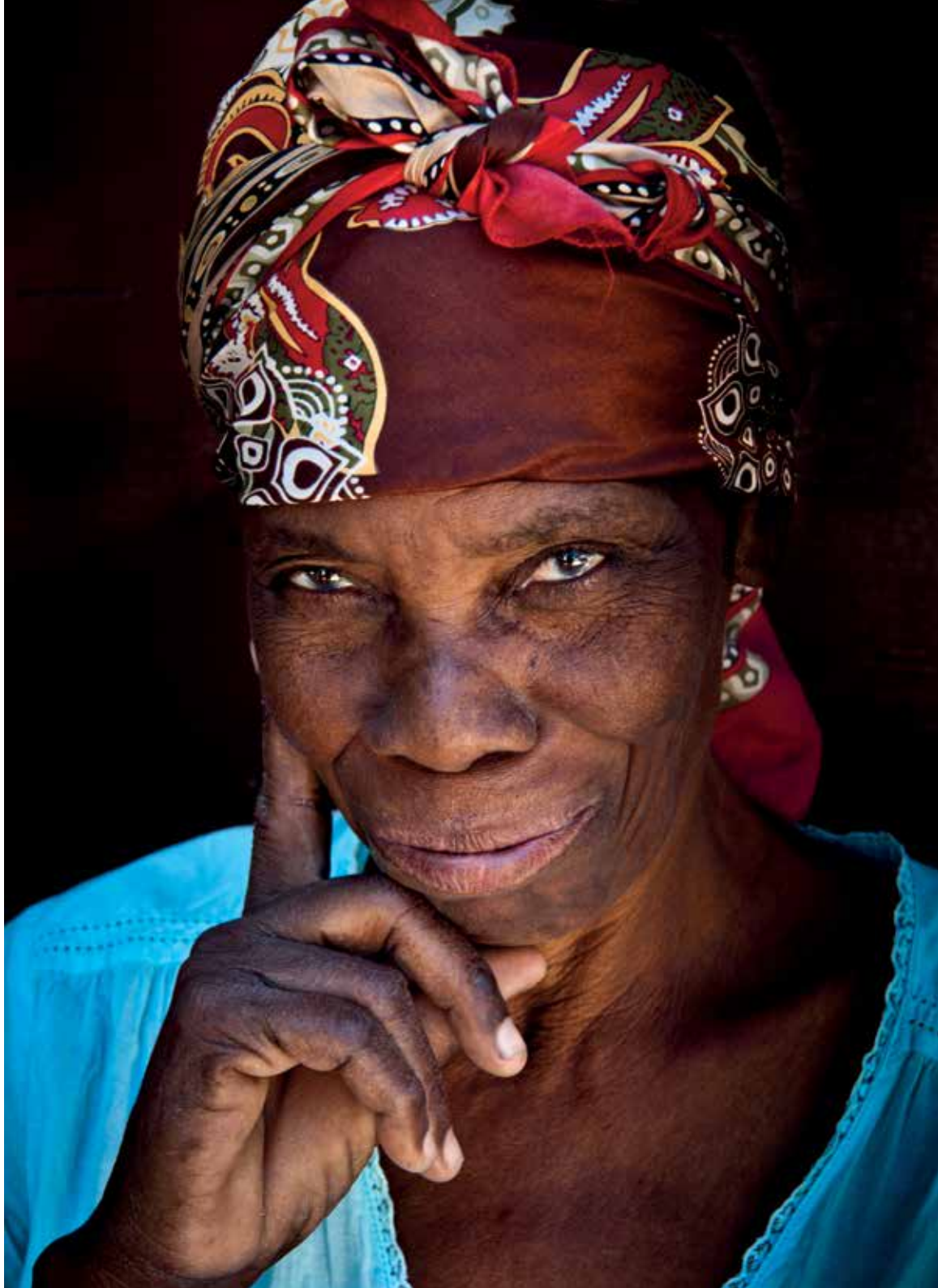
M^a ÁNGELES LÓPEZ ROMERO

M^a Ángeles López Romero. Periodista, escritora, conferenciante y columnista, ha publicado numerosos libros sobre temas sociales. Ha sido redactora jefe de la revista mensual 21 y en la actualidad ejerce como directora de la editorial San Pablo.



Millones de personas se ven obligadas a abandonar sus hogares y miles han perdido la vida... grandes áreas del planeta se ven afectadas por catástrofes naturales.

F. Magallón - Haití, 2011.



LAS MÁS OLVIDADAS

«**E**n 40 segundos perdí todo, mi marido, mis hijos, mi casa, mis pertenencias, mi trabajo... mi identidad».

A la vista está que esta mujer ha sufrido más en 40 segundos que ningún occidental en toda su vida, porque la naturaleza se ceba con los pobres y, sobre todo, con esa mitad de la humanidad que si en Occidente apenas se ve por lo marginada, en Haití resulta invisible.

ONU Mujeres ha observado que muchas más mujeres que hombres mueren en los desastres naturales y, para colmo, tras el terremoto que asoló Haití en 2010, muchas supervivientes en campos de desplazados de la isla caribeña estaban involucradas en «sexo transaccional».

Tras el terremoto de magnitud 7.0, aquel fatídico 12 de enero de 2010, y las secuelas en los días siguientes, el saldo de muertos resulta imposible de calcular en un país tan falto de infraestructura. La ONU calcula que afectó a nada menos que a tres millones de personas, que perdieron sus casas endebles, que quedaron sin hospitales ni agua ni luz, y el cólera campó a sus anchas.

En Occidente apenas se conocen desastres naturales de esta envergadura, y tenemos que remontarnos a 1755 para recordar uno que ha tenido semejante impacto en Europa, como fue el de Lisboa de aquel año. Este inspiró a un Voltaire y dio pie a la Ilustración, que luego llevó a revoluciones sociales cuyos frutos los occidentales siguen disfrutando.

Sin embargo, la historia no ha sido tan benévola ni elocuente con Haití, ni mucho menos; al contrario parece que se la tiene jurada a los haitianos, por pobres, y a las mujeres, ni se diga.

Haití nació para la historia como colonia de esclavos africanos, que lograron ser los primeros en independizarse en América Latina, pero por ello fueron tan duramente castigados por las represalias de los militares franceses, que dos siglos más tarde es el país más pobre del hemisferio occidental, que ya es decir algo.

A la par de los desastres naturales, los que han sido obra de los hombres han castigado también al país, como son las invasiones militares, los golpes de estado y las dictaduras tan cruentas como corruptas, sobre todo las de «Papa Doc» y «Baby Doc», y sus esbirros, los «Tonton macoutes», término que ha pasado al léxico mediático internacional.

El peor castigo de la historia y la naturaleza, sin embargo, ha sido el olvido, y con las mujeres más olvidadas que nadie.

Hasta hoy. Haití es también un país con unos habitantes dispuestos a abandonar ahora los recuerdos de la catástrofe para convertirlos en futuro. Hace ya algún tiempo que los vecinos han cavado zanjas de drenaje, allanado rutas de evacuación y construido terraplenes para hacer menos vulnerables las viviendas nuevas.

Aquí no se va a tropezar dos veces con la misma piedra.

MARTIN M. ROBERTS

Martin M. Roberts. Corresponsal extranjero, los últimos nueve años en España. Ha colaborado para la prensa escrita, radio y televisión en más de cincuenta medios, entrevistando a personajes como el Dalai Lama, Benazir Bhutto, Fidel Castro, George W. Bush y Yasir Arafat.



«En 40 segundos perdí todo, mi marido, mis hijos, mi casa, mis pertenencias, mi trabajo... mi identidad». Un país castigado y atormentado por la historia pero con unos habitantes dispuestos a abandonar ahora los recuerdos de catástrofe para convertirlos en futuro.

F. Magallón - Haití, 2011.



SUPERVIVIENTE EN LUCHA

Marie Eramithe Delva y Malya Villard Appolon fundaron KOFAVIV en el año 2004, casi una década después de conocerse gracias al Comité de Mujeres de Lucha por la Justicia en Haití. Ambas compartían historias de activismo político contra la dictadura militar y ambas eran supervivientes de violencia sexual en un país en el que el estigma, las amenazas y la ausencia de apoyo legal protegían a los perpetradores y desamparaban a sus víctimas. De sus propias experiencias nació la Comisión de Mujeres Víctimas para las Víctimas (KOFAVIV) que abrió su primer centro médico en 2005. En 2010, esa clínica y sus oficinas se vieron desbordadas. El terremoto redujo a escombros la capital del país pero también hizo aflorar una realidad hasta entonces sepultada, la de la violencia contra las mujeres. Miles sufrieron abusos en los improvisados campos de desplazados diseminados por la ciudad. Visité muchos de ellos en los primeros días posteriores al seísmo, pero no fue hasta cinco años después cuando conocí a Josie Philistin, superviviente de tres asaltos sexuales, que ayuda ahora a otras mujeres que han pasado por su misma situación.

En un restaurante de Puerto Príncipe, ciudad limpia ya de escombros, descubrí junto a ella que otras grietas menos visibles aún no habían sido reparadas. «Adolescentes, niñas e incluso bebés han sido violados tras el terremoto y la impunidad en Haití es casi institucional». Y como muestra, la historia de un bebé violado por un hombre de 53 años. KOFAVIV ayudó a la familia a llevar su caso ante la justicia, pero el juez dejó en libertad al agresor y acusó a los padres de negligencia.

Porque esa es la labor de KOFAVIV, la de acompañamiento. Con ellas van al hospital, a la policía, para que no sean estigmatizadas, para que reciban el trato adecuado. Cada año atiende, de media, a unas 400 mujeres. Josie me puso en contacto con una de ellas con un compromiso, el del anonimato. «Todo cambió después del terremoto. Me quedé sola, obligada a vivir en un campo de desplazados. Eran tres y llegaron a mi tienda armados con cuchillos y pistolas. Me golpearon, no podía hablar ni gritar. Aunque, de haberlo hecho, nadie me hubiera ayudado». Una superviviente a la que se le iluminaba la cara al hablar de la organización que «me ha hecho sentir, de nuevo, un ser humano y gracias a la que he recuperado mi vida». KOFAVIV le asignó apoyo psicológico, legal y una casa de acogida.

Las supervivientes de KOFAVIV luchan por la justicia, apoyan a las víctimas para que den un paso al frente, reclaman el papel de las mujeres en la toma de decisiones y sueñan con el día en el que no tengan que enseñarlas a protegerse.

CRISTINA SÁNCHEZ

Cristina Sánchez. Periodista especializada en información internacional, corresponsal de Radio Nacional de España para Oriente Próximo, ha dirigido un espacio semanal sobre conflictos armados, derechos humanos y desigualdades, dado voz a la sociedad civil desde Túnez, Libia, Territorios Palestinos o Haití.



Terremotos, inundaciones, huracanes, agua y lodo... el rastro de la desolación. Los desastres naturales aumentan la vulnerabilidad ante el abuso, la violencia y la explotación sexual... en muchos casos un recurso para comer.

F. Magallón - Haití, 2011.



SIEMPRE EN LA PENURIA

Se llama Dah. Lo dice casi susurrando. No sé si por timidez o por desconfianza... probablemente, por ambas. No obstante, no rechaza la charla, enlaza su mirada con la mía y fluye un relato pausado.

Es temprano. La neblina difumina Mae La, un extenso salpicado de cabañas de bambú que se agarran desordenadas a los riscos entre el follaje de un denso bosque tropical. Aparece, de pronto, en medio de la nada.

¡Qué marco tan a propósito para el limbo en el que Dah vive desde que naciera aquí hace 25 años! Siempre en la penuria y sin derechos.

Mae La es uno de los campos de refugiados en la frontera que separa Tailandia de Myanmar. Acoge a miles que, como la familia de Dah, dejaron atrás su tierra birmana huyendo de la persecución de su propio gobierno desde 1949.

Son los Karen y su lucha de padres a hijos. La más larga, dicen, de las guerras civiles y la más olvidada.

El abuelo de Dah peleó en la II Guerra mundial junto a los ingleses, que no cumplieron sus promesas de un estado independiente Karen y les abandonaron al irse.

Sus padres por seguir defendiendo su identidad y su territorio tuvieron que escapar más tarde. Caminaron entre minas escondiéndose de los soldados birmanos, con todos sus bienes en una bolsa al hombro.

Muchos, como ella, han pasado toda su vida confinados en ese rincón aislado y dependiendo de la ayuda exterior.

«La policía tailandesa nos detiene si salimos del campo, así que no podemos trabajar. En cambio, nos imponen trabajo forzoso a veces. Aunque eso no es lo peor», musita mirando al suelo.

Dah, cuando la encontramos, iba caminando con su pequeño a la espalda por una calle empinada y de suelo fangoso hacia un supuesto centro de salud. Los alimentos repartidos son cada vez menos. La malnutrición acecha a sus hijos que ya son tres.

Los abusos sexuales y la violencia de género que quedan impunes, la escasez de dinero, las rencillas familiares componen su vivir cada día. En el trasfondo, la absoluta falta de opciones.

Alguna vez piensa en el suicidio... la mitad de las mujeres jóvenes que mueren en el campo es porque se quitan la vida. Ellas lo tienen siempre más difícil. Y, sin embargo, son ellas con su esfuerzo y su quehacer las que sostienen la comunidad.

El campo de Mae La se prometió temporal y la comunidad internacional lo construyó como tal, pero de eso hace mucho tiempo y ahí sigue todavía.

Dah cubre su rostro con thanaka, ese polvillo que la embellece, que la protege del sol y que la ata a sus tradiciones. Dah nos mira y frunce una sonrisa como preguntándose y preguntándonos si nosotros alguna vez dejaremos de mirar hacia otro lado.

ROSA MARÍA CALAF

Rosa María Calaf. Periodista de Televisión Española, ha sido corresponsal en Moscú, Viena, Hong Kong, Buenos Aires, Nueva York, Roma y Pekín. En la actualidad se dedica a la docencia y a la colaboración con diversas Instituciones y ONG. Ha recibido más de 30 galardones.



De los más de 45 millones de personas refugiadas y desplazadas en el mundo, el 80 por ciento son mujeres y menores. Miles de ellas sufren a diario persecución por motivos de género.

F. Magallón - Tailandia, 2007, Refugiada Karen, Myanmar.



EL TIEMPO NUNCA VOLVIÓ A SU COMPÁS

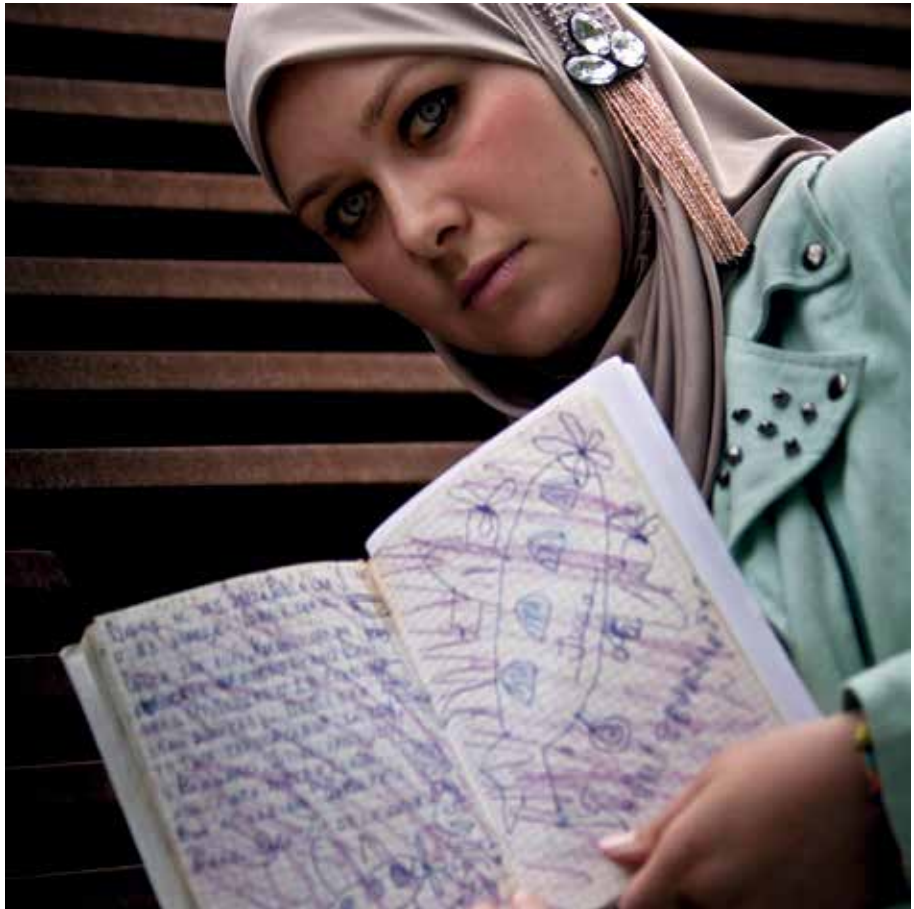
Era el mejor de los tiempos. Era el peor de los tiempos, como dijo Dickens. Eran tiempos increíbles, tanto que llevábamos un par de meses sin ver los informativos en la televisión porque nos tenían hartos del discurso que vomitaban a diario unos locos bajados de las montañas que decían que iban a borrarlos de la faz de la tierra. Por las noches nos dedicábamos a ver películas alquiladas en el videoclub. Dábamos una vuelta por la ciudad y veíamos que cada vez había menos cosas en los mercados, pero eran tiempos de ingenuidad. Una mañana que amaneció como las últimas, con la resaca de un buen film de acción, el tiempo se consumió. La ciudad ardía en barricadas, se escuchaba el retumbar de las granadas y el mortero cayendo sobre los barrios. En cada esquina, paramilitares armados registraban a los despistados viandantes que, como nosotros, no se enteraron que aquella noche de abril del 92 había estallado la guerra en Bosnia y Herzegovina.

Con apenas nueve años, sola en mitad de la calle y la mirada clavada en mi colegio en llamas, fui arrastrada por un hombre armado a casa, quien aporreó la puerta y le espetó a mi madre que era una insensata por dejar salir a una niña en una situación así. La ingenuidad seguía en nuestros rostros a pesar de palpar la muerte en el umbral. Creo que desde entonces ansío ser ingenua porque esa característica tan propia de la niñez se esfumó en aquel instante. Llegó la violencia, el miedo, la huida de Sarajevo, la despedida de mi padre y su pérdida. Quizá él nunca dejó marchar la inocencia y prefirió quedarse en su ciudad con todos los demás antes que perder la fe en el otro. A nosotras, a mi madre, mi hermana y a mí, nos tocó el exilio. Ser refugiadas, mujeres, doblemente vulnerables. Sin casa, sin país, sin idioma, sin él, y solo con el presente como horizonte, y más que la razón, con los ganglios y con la intuición como única arma de subsistencia. Llegó por el azar también España, su luz, su mar y un amparo frágil pero sanador para unas convalecientes.

Y tal y como comenzó, la guerra paró, dejando un balance enorme de muertos, mutilados y almas rotas. Estas heridas con los años se van cubriendo de costra y parecen curar, pero el tiempo nunca volvió a su compás. Ni para los que se quedaron y sobrevivieron, ni para los que nos marchamos. Nuestro tiempo pende de aquel 1992, después del que todo lo que ha venido ocurriendo es como un intermedio de vida real, agitado únicamente por los recuerdos de los que ya no están. Quizá nuestra ingenuidad tiene la culpa de todo, o quizá el acto bárbaro de aquellos misántropos que decidieron parar nuestro tiempo.

ESMA KUČUKALIĆ

Esma Kučukalić. Llegó a España en 1992 junto a su madre y su hermana huyendo de la guerra de Bosnia y Herzegovina. Hoy es periodista especializada en Derechos humanos.



Un lugar donde estrechar la mano al diablo. El reino de las razones ocultas donde el agua no fue capaz de apagar el fuego y mucho menos sus causas... con solo 10 años su diario se convirtió en crónica de guerra (Bosnia).
F. Magallón - España, 2013.



MI NOMBRE ES SITA

Mentiría si le dijera que mi vida es fácil, si le escondiera mi dolor de esposa abandonada con cuatro hijos. Me las arreglo mendigando, voy de pueblo en pueblo huyendo de la mirada de quien pueda conocerme. Mentiría si le contara que no me avergüenza mi situación. Cuando me dejó mi marido, pasé a ser «viuda», entre comillas, ya me entiende. Aquí, en el estado indio de Rajastán, las mujeres pertenecemos a los padres hasta que estos conciertan un matrimonio y pasamos a depender del marido y toda su parentela, suegra incluida. Podría hablarle de mi suegra, de lo que ella me decía y me hacía, pero no merece la pena, a usted no le interesarían esas minucias. El caso es que cuando me abandonó mi esposo, dejé de depender de alguien. Ahora soy libre. Libre, ¿para qué? Para andar de acá para allá, para pedir. Aunque no lo crea, prefiero vivir sola con mis hijos, reclamando una limosna de los desconocidos que en aquel infierno. No le voy a hablar de mi marido, ni de mi suegra, a usted qué más le da. En fin, señor, no quiero mentirle, de manera que no voy a esconderle que hoy es un día muy alegre para mí. No piense que siempre estoy tan feliz como esta tarde pero, como usted habrá visto, en el pueblo, en

Pushkar, estamos de fiesta. Es la feria del camello, habrá visto en las afueras miles de ellos. Me encantan estos animales, con sus jorobas tan graciosas, y sobre todo el color y la vida que toma Pushkar. Esta ropa es especial, muy colorista, ¿no le parece? Claro está que me gusta sentirme guapa, como a cualquier mujer, pues aunque sea pobre y el dolor vaya por dentro, no por eso pierdo la alegría de vivir. Me he pintado los labios, me he dado colorete en la cara y me he hecho esta raya vertical que me parte la frente en dos. Me dicen que lo más hermoso que tengo son mis ojos claros, que alumbran mi cara, pero en fin, esas cosas no me corresponde decirlas a mí. Además, son exageraciones. Bueno, señor, no le canso más, gracias por haberme dado un rato de conversación y sobre todo por la foto, aunque me parece que no merezco ese cumplido. Conocerá usted por el mundo a tantas mujeres bonitas a las que retratar, yo soy poca cosa. Disfrute usted con la feria del camello y con todas las maravillosas atracciones que encuentre. Ha escogido muy bien la fecha de su visita. Yo, cuando pase esta semana, me iré a otro pueblito, a seguir mendigando. Así es la vida. Por lo menos la mía y la de mis hijos. A ellos prefiero que no les haga fotografías.

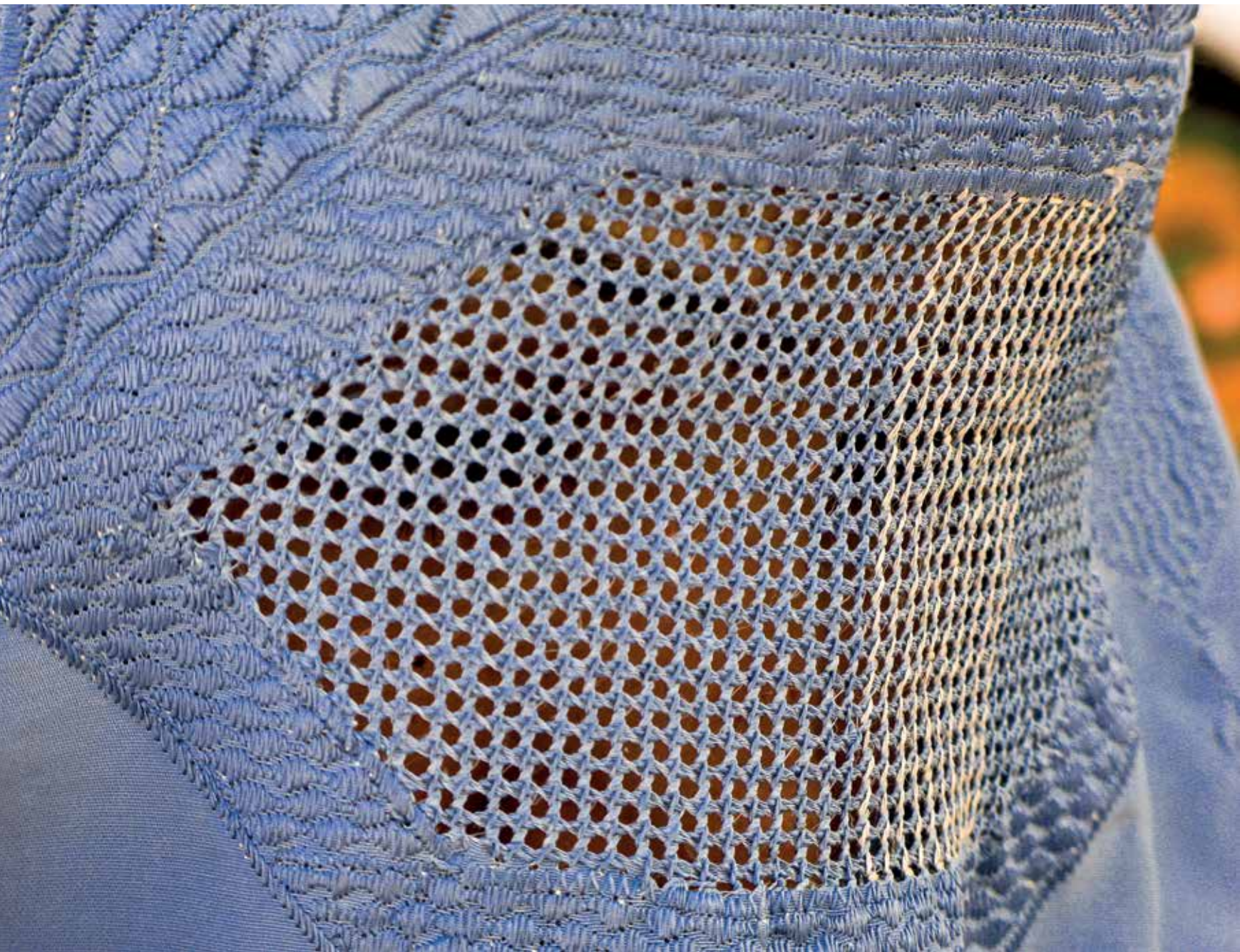
JUAN ANTONIO TIRADO

Juan Antonio Tirado. Periodista de Televisión Española. Su trayectoria profesional se ha desarrollado primero en Radio Cadena Española en Valladolid y después en los informativos centrales de Radio Nacional de España. Es autor de diversos libros.



En muchas ocasiones, rechazadas o abandonadas por sus propios maridos, tienen que reinventar su historia como «viudas» en otros lugares donde no las puedan reconocer.

F. Magallón - India, 2011.



HUMILLACIÓN Y VERGÜENZA

Me duele en el alma no ser la única mujer que sufre la ignominia tan repetida en mi país, Afganistán, y en toda esta región que en Occidente, al parecer, se conoce como el eje Af-Pak.

Te invito a ti, lector, a que te pongas un burqa para apreciar cómo se ve desde aquí dentro el mundo. Te vas a querer morir de vergüenza. No vas a poder soportar esa sensación ni un par de minutos... así que imagínate una vida como la nuestra... una vida entera aquí debajo llena de vergüenza. Desde la primera menstruación hasta que me muera.

Vas a ver la vida a través de una rejilla insultante. Porque pesa mucho y da calor. Y porque somos millones las mujeres que nos asamos de humillación ahí debajo.

Me cuentan que hay mujeres que se quitan el burqa ante hombres europeos. Me dicen –aunque no sé si creerlo– que eso se permite en un hospital español en la base de Herat. Un capitán médico las atiende. De igual a igual. Como a otro ser humano... y me aseguran que esas afganas no dan crédito porque un varón las ha tratado con respeto.

En cierta ocasión me contaron que en Qal i Naw, al norte, tres heroínas se presentaron a las elecciones locales a cara descubierta –eso sí... rodeadas de paracaidistas españoles, claro–. Seguro que cuando no estuvieron los soldados, desarrollaron sus burqas y salieron a la calle escondiendo aquel valor increíble que las empujó a las listas electorales.

Y seguro que salieron a la calle cubiertas para evitar ser apedreadas. Porque yo he visto la lapidación de una vecina y juro que esos gritos, entre los golpes secos de las pedradas, no se me olvidarán jamás.

Pero en mi ciudad, en Kabul, es donde más burqas se ven. Si nos vieras desde fuera, como extranjero, seguro que te preguntarías si somos ancianas, mujeres jóvenes o casi niñas. Pues que sepas que mientras nos miras, nosotras sentimos crueldad y vergüenza. Nos paramos, nos apartamos al paso de los hombres... somos como un rebaño.

Un fotógrafo me ha dicho que con otras denominaciones, colores y texturas, pero con el mismo sentido, se ven burqas por todo el mundo cada vez con más frecuencia. Me dice –y no me lo puedo creer– que él los ha visto en Estados Unidos, Malí, Irak, Siria, Kuwait, Sudán, Turquía, Emiratos, Pakistán, Senegal, Marruecos, Indonesia, Egipto... y en un vuelo de Iberia entre Madrid y Milán.

No sé... no puedo ir al médico porque son hombres; no fui a la escuela porque nací mujer, pero desde mi incultura y desde mi dignidad, estoy segura de que en cualquier guerra, conflicto o estado fallido... las mujeres somos siempre las principales víctimas del terror, del hambre, de la sequía y la miseria.

¿Y sabes qué? Por paradójico que parezca, las niñas y las mujeres somos la solución a nuestros respectivos infiernos. Porque no hay mayor dignidad que la que mostramos con nuestra mirada. Humilladas y escondidas, pero dignas.

Así que, como afgana, te pido y recuerdo que el mundo no tiene derecho a contribuir a nuestra vergüenza con el silencio.

Por nuestro honor y por el honor de vuestras madres, hijas o vuestras parejas... «Todos somos una».

ÁNGEL EXPÓSITO MORA

Ángel Expósito Mora. Periodista y colaborador en numerosos canales de televisión, radio y prensa escrita, por los que ha recibido diversos premios, ha trabajado en Europa Press. En la actualidad es director del programa «La Tarde» en la Cadena COPE y colaborador en 24h de Televisión Española.



Lugares desolados en medio de la inmensa nada, donde ellas conviven sin las más mínimas condiciones, sin alimento, desnutridas y ahogadas, heridas en el alma. Maltratadas y criando niños que, seguramente, reproducirán los comportamientos de su padre con sus hermanas, esposas e incluso su propia madre.

F. Magallón - Afganistan, 2012.



RESISTIRÉ

Mi trabajo es ir a buscar agua. Todo el día cargando agua, de sol a sol. Un agua que no es como aquella, cristalina, que yo os traía a casa de aquella fuente lejana. Ni siquiera es para apagar vuestra sed, como entonces, cuando estábamos todos vivos, con vuestros abuelos y vuestro padre. Fueron tiempos de trabajo duro, pero vivíamos bien en nuestro poblado.

Por las noches, como a las demás, me atan. El peor trabajo. Cuando me llevan, cierro los ojos. Son varios los soldados que vienen, unos tras otros. Y siento que mi cuerpo se desgarrar. Yo espero, aguanto y callo, por vosotros, que salisteis de mis entrañas por amor.

Me preguntaréis tal vez un día por qué me he dejado fotografiar. Encima por un blanco, que no sé ni quién es. Lo comprenderéis. No es por vanidad. Tampoco frivolidad. En este campo de refugiados esas cosas no existen.

Su cámara –dice que se llama así– no me da miedo. Se nota que él no ha pasado hambre y que a él nadie le pega. Él me dice, sonriendo, que viene de lejos y que cada día puede ir donde quiere. Eso, hijos míos, se llama libertad.

Insiste. Con su cámara nos puede ayudar. Yo no sé si creerlo. Dice que mi nombre, Rhoda, es bonito. Hace tiempo que nadie me habla así. Hasta se nos ha olvidado qué es la compasión. Pero, ¿y si también nos está engañando? ¿Seremos de nuevo carne de cañón?

Ya qué más da. Cuando pase el tiempo espero que logréis olvidar cómo ardía nuestra casa cuando nos atacaron aquella noche que creímos de promesas y luna llena. Espero que olvidéis también cómo mataron a vuestro padre. Cuánto nos hemos querido. Tantas vacas que le costé para poder casarse conmigo. Su última mirada, desesperada, conmigo vive.

Hemos caminado y luchado mucho hasta llegar aquí. Ni el dolor ni la humillación podrán conmigo. Vosotros me dais vida. Resistiré, por vosotros resistiré. Ya no están con nosotros ni Nyarone, ni Biel, ni Miabek. Todas han muerto. No sé. Tal vez tengamos suerte. Ahora me juzgáis, porque no me entendéis. Solo quiero creer que mi ajado rostro y la cámara de ese extranjero son esperanza. Armas para nuestra libertad.

MANUEL HERNÁNDEZ HURTADO «MANUEL HH»

Manuel Hernández Hurtado. Periodista con una larga trayectoria en Radio Nacional de España, ha dirigido y presentado un gran número de programas en Radio Cadena Española, Radio 5 Todo Noticias y Radio Nacional. En la actualidad se encarga del programa «España, vuelta y vuelta».



Al oeste del país de los Fur, miles de personas malviven diseminadas... Campos de refugio que no sirven para evitar las constantes violaciones de las mujeres cuando salen a buscar agua y leña. Ellas, principalmente, son las víctimas de los asaltos nocturnos o, incluso, a plena luz del día, de los «diablos a caballo».

F. Magallón - Sudán, 2004.



RECUERDOS EN EL ESPEJO

Por esta ventana miro lejos. Veo fuera el mundo que se parte con la lluvia. Hay como una encendida canción en todo lo que toca. Debe oler bien la tierra mojada, aunque ese es un privilegio que casi he olvidado porque respiro muy mal. Me pasa desde lo del ácido. Tampoco veo bien porque me quedé ciega de un ojo. Mi cara es solo un recuerdo de lo que fue y sé que no resulta fácil mirarme. Me he acostumbrado a que la gente me esquive.

Cuando ocurrió todo, vivía con mi esposo y mi hija recién nacida en casa de mis suegros y hubo un conflicto familiar por el cultivo de unas tierras de bambú. El tío de mi esposo intentó matarle y nos tiró ácido a los tres mientras dormíamos. Mi hija Sonali y yo nos llevamos la peor parte. Desde entonces sufre problemas de visión y su piel es muy sensible al sol. A menudo le salen infecciones en la cabeza que cuesta mucho tratar. Los niños son crueles y se burlan de su deformidad, por eso no quiere jugar en la calle.

Vivo en Bangladesh, un país donde muchas mujeres han sufrido como yo agresiones con ácido con intención de mutilarnos, desfigurar nuestro rostro, torturarnos o asesinarnos. Os preguntaréis cómo se explica tanta crueldad, y la verdad es que no lo sé... los hombres de mi comunidad justifican su uso como castigo por celos, supuestos adulterios o malas negociaciones de una dote y también como castigo para las jóvenes que rechazan

una propuesta de matrimonio, que no son vírgenes o visten con indecencia. En mi caso fue por una disputa de tierras, aunque yo creo que todos estos motivos no son más que excusas para respaldar la violencia contra las mujeres.

Me han contado que esto ocurre también en India, Camboya, Pakistán, Nepal, Afganistán, Laos, China y algunos países de África. Distintos lugares con idéntico efecto sobre la piel abrasada. Ácido sulfúrico, ácido nítrico, ácido clorhídrico, aceite de queroseno, qué más da... funden la piel como bronce líquido, la pegan, la deforman... dejan secuelas permanentes dentro y fuera del cuerpo, y lo peor es que muchas mujeres son rechazadas por su familia y su comunidad. En el mejor de los casos se quedan hipotecadas de por vida para poder pagar los tratamientos médicos; en el peor, mueren. Afortunadamente, mi marido no me repudió y sigue viviendo conmigo. Después tuvimos otro hijo.

En los pueblos pequeños es fácil conseguir ácido y la cárcel no asusta mucho a los que lo utilizan, y no me extraña porque, a pesar de que existe una ley que les condena a muerte o a cadena perpetua en Bangladesh, casi todos quedan en libertad.

Yo no consigo olvidar lo que me pasó porque los espejos no me dejan y mi piel tampoco; a veces la de la cara me tira mucho, como si no diera de sí para cubrir mis pobres huesos. Es en esos momentos cuando me gusta colocarme detrás de la ventana y mirar fuera. Cuando llueve, el mundo se trocea en gotas que me dan otra realidad distinta y me hacen sentirme libre para contaros mi historia, confiando en que ninguna mujer tenga que pasar por este infierno. A muchas el ácido les ha borrado hasta la sonrisa. A mí no.

MARTA GÓMEZ CASAS

Marta Gómez Casas. Periodista de Radio Nacional de España y ensayista, compagina su labor informativa en «Entre paréntesis» con la dirección de «Tolerancia Cero», el programa de Radio 5 pionero en dar visibilidad a la violencia de género y por el que ha recibido diversos premios.



Pierden los rasgos del rostro, se les borra la sonrisa y muchas se quedan ciegas... en algunos países del sudeste asiático, cientos de mujeres son desfiguradas cada año.

F. Magallón - Bangladesh, 2009.



NI A TU PEOR ENEMIGO

Ya he visto todo el dolor que no desearías para tus hijos en un solo día. Todo el sufrimiento que conoces y alguno que ni siquiera llegas a imaginar. Lo he contemplado con mis propios ojos o lo he padecido en mi propia carne o en la de los míos. Y el hambre o la sed son solo anécdotas en este campo de refugiados en medio del desierto de Darfur. Parte del día a día bajo un sol abrasador que lo llena todo de privaciones.

¿Nacer mujer aquí? Tú, occidental, no se lo desearías ni a tu peor enemigo. Para mí es diferente. Yo he sido feliz a ratos, con mis hijos. A algunos los mató el hambre, a otros el cólera y también la guerra. He perdido a varios entre mis brazos, pero otros han vivido y tienen familia. Eso me basta, pero tú, occidental, no aguantarías aquí ni un solo día. Imagina que tu hija de trece años tuviera que ir a buscar leña con la que cocinar o unos mangos para comer a la ribera del río. Allí, lejos de la reducida seguridad del campo de refugiados, acechan los Janjawid. Diablos montados a caballo, árabes que piensan que no somos más que animales. Lo normal es que la violen varios de ellos. Ocurre a diario. A menudo también lo hacen los soldados que están encargados de protegernos. ¿Que por qué no van los hombres? Porque a ellos los matarían, claro. Pero nos ha pasado a muchas, es normal y lo callamos. Es mejor así. Si hablásemos de esa deshonra nos repudiarían y ¿qué puede hacer una mujer sola

en un lugar como este donde la violencia sexual está a la orden del día y nuestro cuerpo se ha convertido en un trofeo de guerra o en un campo de batalla?

Aquí pintamos poco, aunque trabajamos mucho. En cuanto tienes edad y fuerza para acarrear agua o leña, venga, a trabajar y, poco después, hala, a casarse. La escuela, ¿para qué? No es necesaria, está lejos y además, para ser una buena esposa, no hace falta. ¿Enseñan a sobrevivir? No. ¿A recoger mangos? No. ¿A evitar a los soldados o a los Janjawid? No, eso no lo enseñan allí. Entonces, ¿para qué vale la escuela más que para llenar la cabeza de pájaros a las muchachas? La escuela es una utopía para casi todas y sin saber, no contamos. La mayoría de los chicos tampoco va y, quizá, ese es el gran problema. Sí, eso es así, pero yo espero que algún día la cosa cambie. Espero que llegue ese momento en el que alguien enseñe a mis nietas y, sobre todo, a mis nietos, que eso no es bueno; que cosas como la violación, la ablación o la violencia deben terminar.

ÓSCAR MIJALLO

Óscar Mijallo. Periodista corresponsal de Televisión Española en Sudamérica y Oriente Próximo, ha cubierto numerosos conflictos en Palestina, Líbano, Iraq, Afganistán, Egipto, Siria, Turquía, Libia, Mali, Sudán y Darfur.



Amparadas por nadie, en medio de uno de los conflictos más crueles de la humanidad... forzadas, maltratadas y criando niños que serán reclutados por las milicias o la guerrilla.

F. Magallón - Sudán, 2006.



«NO SÉ TU NOMBRE, SOLO SÉ LA MIRADA CON QUE ME LO DICES»

Así comienza un poema de Mario Benedetti que recordé cuando te vi. Una mirada y todo está dicho. No conozco tu nombre, ni dónde naciste, ni quién te encontró para poder devolverte la mirada. Solo sé que me importa lo que nos cuentas con tus ojos.

Una mirada narradora del relato más cruel que jamás se pudo imaginar. El que le arrebató la inocencia a una niña de una aldea en Bangladesh. Me pides, amiga, que cuente tu historia y desde el respeto más absoluto me dispongo a hacerlo. Bien podría empezar este relato con los versos que escribió Emily Dickinson:

«Se incorporó al ser llamada,
dejó sus viejos juguetes,
para desempeñar el honorable oficio
de mujer y de esposa...».

Seguro que nunca pensó que describiese de manera tan realista aquella escena que hoy quieres olvidar. Solo tenías 13 años y te anunciaron tu casamiento. No hubo razones que detuviesen el llanto que brotaba de tus ojos. «Es una tradición». «Piensa en nosotros, en la dote». «Deberías estar contenta porque tienes la vida resuelta». ¿Quizás quisieron decir la muerte resuelta?

Te casaron con un hombre a quien no conocías. Mucho mayor, pero ¿qué importa su edad?, y al que no elegiste. De nada sirvió la fiesta, los vestidos ni la música... ¿Quién podía encontrar alegría en aquella esclavitud impuesta? Tenías miedo a lo desconocido y te rebelabas contra el mandato. Imaginaste que sería duro pero fue mucho peor. La vida a su lado fue desesperante. Gritos, amenazas, humillación, vejaciones... Sus ásperas manos, su voz grave y sus bruscos movimientos te arrebataban la esperanza y las gotas de vida.

Eras apenas una niña cuando te quedaste embarazada. Tu cuerpo no estaba preparado y sufriste un aborto. Ni siquiera sabías lo que era. Poco después volviste a quedarte embarazada, con dolor y soledad. Para que no ocurriese lo mismo, él te trasladó a un hospital. Allí diste a luz a tu hija y allí viste de nuevo la luz. El médico te examinó también las heridas y cicatrices de algunas de las muchas vejaciones sufridas.

En tu país, como en muchos otros, los matrimonios forzosos son ilegales, pero están amparados por la tradición. Tu doctor fue valiente. Denunció la situación en la que malvivías y te puso en contacto con una ONG. Comenzaste a recuperar tu vida. Nunca más volviste con aquel hombre. Nunca más regresaste a aquella aldea en la que no vivías; morías. Nunca más bajaste la cabeza ni retiraste la mirada.

Hoy te has reencontrado con tus padres, sin juzgarlos; ya son conscientes del daño causado. Hoy has vuelto tus ojos a otras mujeres en tu misma situación y que desean salvarse. Hoy nos miras y nos cuentas esta historia, tu historia, compartida por mujeres en todo el mundo.

Hoy miras a tu hija con la promesa de que ella nunca vivirá con imposiciones ni esclavitud.

Hoy levantas tus ojos para ver tu libertad.

CARMEN FÚNEZ

Carmen Fúnez. Secretaria General de Mujeres en Igualdad, asociación que defiende la igualdad real entre hombres y mujeres, además de gestionar tres casas de acogida para víctimas de la violencia de género. Ha desarrollado su carrera profesional en la política y el voluntariado.



Bangladesh, Yemen, Afganistán, Pakistán, la India... en más de 50 países existe el matrimonio forzoso o precoz, generalmente en ambientes rurales. Las niñas tienen un promedio de 11 años cuando son entregadas.

F. Magallón - Bangladesh, 2009.



MUJERES DE LAOS

El mundo y la vida van por capas, por niveles. Y cada capa en la que nos adentramos nos aleja un poco más de la visión generalista, la más común, y nos va adentrando en la más particular, la más propia y personal.

La guerra de Vietnam tuvo un impacto digamos generalista, en la medida en que fue universal; pero ese impacto universal estuvo plagado de impactos más particulares, que se iban haciendo más pequeños a medida que uno iba adentrándose en las capas que lo recubrían. Había que profundizar, y no era fácil hacerlo, porque esa repercusión planetaria, imbuida de maximalismos dramáticos, impedía que afloraran las pequeñas tragedias cotidianas que, como en toda guerra, iban ineluctablemente asociadas a ella. La guerra era en Vietnam, pero en su larga y sinuosa frontera existía otra realidad que se llamaba Laos, y que, además de sufrir las consecuencias de aquel conflicto, padecía su propia tragedia, su propia guerra olvidada.

Se nos habló y hablamos de la valentía de las mujeres vietnamitas, sometidas a todo tipo de violencias: la violencia de los invasores estadounidenses, la violencia de los represores locales, la violencia de sus propios compañeros de armas en un lugar y un momento en el que la Revolución, la lucha contra el enemigo exterior, lo justificaba todo, incluso lo injustificable. Pero no se nos habló ni hablamos de la valentía de las mujeres de Laos, de su lucha por la subsistencia, de su capacidad para resistir y para alumbrar un futuro mejor.

Las mujeres de Laos no recibieron homenajes, no fueron inmortalizadas en películas ni novelas candidatas al Pulitzer, no ocuparon ninguna parcela mediática, ninguna portada ni ninguna reseña. Eran la pequeña tragedia particular en medio del gran drama universal. Pero cuando alguien se atrevía a escarbar con una cámara en las capas de esa realidad, surgían rostros plagados de historias de valentía y supervivencia, para ellas y para los demás.

Hoy esas mujeres tienen el rostro habitado por arrugas profundas, por surcos que nos hablan de un tiempo de combate en los confines del mundo, aún más importante que el ejercido con las armas: fueron esas mujeres las que en su juventud enarbolaron la bandera de la dignidad. Una dignidad que nos ilumina desde su ajado rostro para ofrecernos una auténtica lección de vida. Son ellas a las que habría que imaginar a la hora de parafrasear a Bertolt Brecht: «Hay mujeres que luchan un día y son buenas; hay otras que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenas; pero hay las que luchan toda la vida: esas son las imprescindibles».

FRAN SEVILLA

Fran Sevilla. Periodista en Radio Nacional de España especializado en guerras, conflictos y emergencias humanitarias, enfocando su información en las víctimas. Entre otros, ha recibido el premio Rey de España de Periodismo Internacional por el reportaje «Las Madres de Ciudad Juárez», sobre feminicidio.



Solo tras muchos años de esfuerzo y dignidad, de forma laboriosa y ardua, ellas van asentando sus derechos.
F. Magallón - Laos, 2010.



UN ESCONDITE SEGURO

Soy friolera y me muerdo las uñas desde que tengo recuerdos de mí. No puedo decirte mi nombre. No puedo tener hijos. No puedo comer nada después de las once y media, pero sí puedo beber agua y té. No puedo comer carne de hombre. Ni de caballo, ni de león, tampoco de tigre ni de mono. Dicen que mis dientes son tan blancos como el arroz. Mi hermano pequeño es monje, como yo. Mi hermano no es como yo. Mi hermano no pasa miedo por las noches. A mi hermano pequeño le gusta pasar la palma de su mano por mi cabeza rasurada, a mí también me gusta, me hace cosquillas. Él y yo no estamos juntos. Yo vivo en un monasterio con 214 novicias y 53 monjas. Mi hermano y yo nacimos y vivimos en Myanmar. Fui ordenada durante unas vacaciones de verano. Porque yo quise. Tenía 11 años. Ahora tengo 21 y desde hace un año soy monja. Pero no soy intocable. Y tengo secretos. ¿Soy feliz? Me despierto a las cuatro y media, el sol rojo se levanta más tarde. A las cinco hago el culto a Buda. Medito hasta las seis. Dicen que mis lunares son como constelaciones. Dicen que mi sonrisa es un don. Dicen que mi valentía es mi alegría. ¿Estoy sola? ¿Estoy incomunicada? Antes del desayuno salgo a hacer la ronda de

las almas. Todos me conocen, en las casas del vecindario, los niños y las mujeres y los hombres me conocen. Regreso al monasterio con legumbres, con fruta y con arroz. No estoy cansada. Nunca lloro. Nunca bailo. Nunca me duele la cabeza. Nunca estoy sin hacer nada. Leo, leo mucho. Estudio y entiendo, entiendo y estudio. Medito dos horas al día. Cuando medito no sé cuánto tiempo está pasando o ha pasado. Estoy presente en el presente. Después salgo a caminar, hago la colada, a veces dibujo. Cuando dibujo siempre veo la cara de mis padres pero nunca he dibujado sus caras, me da vergüenza. Mis pies descalzos no me duelen. Me duele la guerra. Me duele mi país. Me duele el ruido. Me duele. Cuando las monjas nos cruzamos con una ronda de almas de monjes, les cedemos el paso. Mi hermano me mira de reojo y sonrío. Yo lo miro de frente y sonrío. Mi hermano tiene la sonrisa de mi padre y él y yo tenemos los ojos rasgados de mi madre. ¿Dónde están? ¿Quiénes eran? Y tú, ¿quién eres tú? Eres turista... ¿eres periodista? No hagas otra foto, una foto sí, dos fotos no. Gracias. No, no puedo decirte mi nombre... o no quiero. (Se ríe) De todos los lugares en los que me he escondido, no he encontrado ninguno mejor, ni más seguro, que el silencio. Adiós.

BEATRIZ BERGAMÍN

Beatriz Bergamín. Forma parte de la Plataforma de Mujeres Artistas contra la Violencia de Género, con la que se ha desplazado a campamentos de refugiados saharauis, Bagdad, México D. F., Ciudad Juárez y El Cairo. Autora de textos dramáticos y de poemas, colabora en prensa escrita y digital.



Protagonistas de importantes cambios en la historia... una presencia invisibilizada e imprescindible sin la cual hubiera sido muy difícil el desarrollo social.

F. Magallón - Myanmar, 2011.



DEJÉ DE SENTIRME UN SER HUMANO Y OLVIDÉ QUE ERA UNA MUJER

Me convirtieron en un trozo de carne. Un trozo de carne con un orificio. Dos orificios. Tres. Un trozo de carne contra el que soltar su fuerza animal y desparramar su violencia, ebrios de odio. No tienen bastante con matarnos; a las mujeres, además, nos violan. Una, dos, tres, cuatro veces... Uno a uno o en grupo. Con su cuerpo o con armas peores. En el bosque a solas o con testigos, con nuestra familia, con nuestros maridos, con nuestros hijos delante. A veces obligan a los familiares a violarnos y, si se niegan, los matan. Cuanto más gritamos, arañamos, pataleamos, lloramos, más se ensañan con nosotras. Somos el máximo trofeo porque somos la máxima humillación para nuestro grupo. Para sus enemigos, para el otro. Cuando nos violan matan el honor de los nuestros, humillando a una de nosotras nos humillan a todos. Porque somos mujeres. Y les da igual la edad. Desgarran la vagina y el alma de niñas y hasta de bebés de meses.

Lo cuento y ya ni lloro. Me arrancaron mi alma de persona, de mujer, y soy un trozo de carne seco. Sin lágrimas. Y supongo que debo dar gracias por estar viva y poderlo contar. Y denunciar, por si puede servir para algo. Otras murieron. En el mismo momento de esa tortura o más tarde por las heridas o las infecciones. Yo tuve suerte. A mí no me violaron con botellas ni cuchillos ni me quemaron por dentro con líquidos extraños. Sangré. Perdí la conciencia, estuve días con dolores terribles, no podré tener hijos y no sé si algún día podré amar. Pero he sobrevivido.

Lo cuento y ya ni lloro.

Me dicen que hay, en este país tan grande, tan bonito, tan rico y tan cruel, un hombre bueno. Un médico. Me cuentan que se ha hecho célebre y que lo han premiado en Europa, que es un hombre bueno que llora por lo que nos hacen. Un hombre bueno que nos cura, nos salva la vida y denuncia –si alguien quiere escucharlo– a esos otros hombres que no son buenos. Alguien me dijo que ese doctor lo describió como yo lo siento: «El cuerpo de la mujer se ha convertido en un campo de batalla y la violación, en un arma de guerra». Ese hombre bueno tiene un nombre: Denis Mukwege.

(Monólogo imaginario basado en testimonios reales).

ANNA BOSCH

Anna Bosch. Periodista de Televisión Española, ha sido corresponsal en Moscú, Washington y Londres. Formó parte del equipo que puso en marcha la cadena de noticias europea Euronews con sede en Lyon (Francia). En 2013 recibió el Premio Salvador de Madariaga.



«Dejé de sentirme como un ser humano y olvidé que era una mujer...». Decenas de mujeres son violadas a diario en la República Democrática del Congo.

F. Magallón - RDC, 2006.



VOLVER A CONTAR

El día de esta foto amanecí nerviosa, casi sin haber dormido. En los últimos dos años la idea de volver a la plaza Tahrir ni siquiera había cruzado mi mente. Era como si un agujero negro se hubiera tragado de mi cabeza ese centro emblemático de El Cairo donde un día soñé con la revolución, donde celebré la caída de Mubarak y donde, al final, me acabaron robando la inocencia.

Tahrir ya no existía para mí.

Sin embargo, no sé cómo, había accedido a reunirme allí aquella tarde con unos periodistas llegados desde España. Para contarles «mi historia». Esa de cómo un grupo de militares levantó el campamento donde muchas chicas acampamos durante semanas para pedir mejoras sociales y nos mancilló para siempre con una violación encubierta a la que llamaron «prueba de virginidad». Porque habéis dormido cerca de hombres y no vaya a ser que nos acuséis a nosotros. Porque sois unas putas, dijeron.

No era la primera vez que iba a contarlo. Casi me había acostumbrado a narrar los hechos como algo ajeno, en modo robot, como si no me hubiera pasado a mí. Pero esta vez pedían algo más. Volver al lugar de lo ocurrido, reencontrarme con aquel pasado... Bueno, alguna vez tenía que regresar, pensé. No tardé en arrepentirme.

A medida que se acercaba la hora, la ansiedad empezó a apoderarse de mí. Mis pulsaciones estaban descontroladas, el aire parecía no regar mi cerebro, los pensamientos se nublaban, todo mi cuerpo temblaba... Dudé, pensé en anular la cita, respiré profundo.

De acuerdo, iré solo hasta la cafetería donde hemos quedado, pero no pondré un pie en la plaza. Si no les basta, me voy.

Al llegar, apenas vi la cara de los reporteros. Solo sé que les solté: lo siento, pero no iré a Tahrir. Si queréis hablamos aquí. Si no, me marchó.

Deseé profundamente que eligieran lo segundo. Aunque siempre me he negado a callar la injusticia, la sola idea de estar a 500 metros de Tahrir me turbaba.

Eligieron escucharme.

Y sí. Volví a contar cómo me obligaron a desnudarme ante los militares. A mí, que llevo velo y nunca había mostrado mi cuerpo a ningún hombre. Cómo uno de ellos, que ni siquiera era médico, puso sus manos entre mis piernas. El desgarró y la humillación que sentí al saber perdida mi virginidad de aquella forma.

Y sí. Volví a contar que fui la única de 17 chicas que se atrevió a denunciarlo ante un juez. Y que por ello perdí mi trabajo, mi novio, mi reputación... Que los vecinos todavía cuchichean y se ríen cuando paso.

Algunos decís que soy valiente, que gracias a mí se prohibieron las pruebas de virginidad en Egipto y ninguna más tendrá que pasar por eso.

Pero, ¿soy valiente? No lo sé. Hoy no he podido regresar a Tahrir. Mi mirada ya no es la de aquella niña que salió a pedir libertad. Han pasado dos años y todavía siento la mano del militar dentro de mí. Siento que una sucia mano sigue amenazando a todas las mujeres como yo.

ÉRIKA REIJA

Érika Reija. Periodista de Televisión Española, es corresponsal en Rusia y anteriormente en Marruecos. Ha cubierto numerosos países y conflictos como la primavera árabe en Egipto, la guerra y la caída de Gadafi en Libia, el conflicto en Ucrania o las últimas ofensivas de Israel en Gaza.



18 mujeres fueron detenidas, golpeadas y sometidas a descargas eléctricas. A 17 de ellas las sometieron a pruebas de virginidad. Smira Ibrahim, de 25 años, fue la única que alzó la voz demandando a la Junta Militar.
F. Magallón - Plaza de Tahrir, El Cairo, Egipto, 2013.



SOY UNA SOMBRA

Me estás viendo aunque crees que no. Soy yo quien no ve que me ves. Soy yo quien apenas entrevé el mundo a través de una celosía. Mi claustro tiene bordados, plisados, una tela salpicada de detalles que podrían ser hermosos, fruto del trabajo de manos hacendosas, hábiles, que bordan y hacen cadenetas y vainica. Labores del hogar se llamaban antes.

Digo «antes» y no sé de qué hablo. Porque estoy en un permanente ayer. En un tiempo detenido donde las mujeres no existimos, no somos, no estamos, no vivimos.

¿Te doy pena? ¿Te causo lástima?

Mi madre me habló de las ventajas de ir oculta; ocurrió cuando era muy pequeña, antes de que la regla me manchara, cuando aún podía ver todo a mi alrededor, cuando no estaba medio ciega y el paisaje no se cuadrículaba como ocurre ahora.

Es la tradición, me decía, has de vivir según nuestras tradiciones.

No sé qué piensas de mí; es más, no sé si merezco un pensamiento de nadie. Soy una sombra. La sombra informe de algo que parece una mujer, que se desliza invisible. Quizá soy un fantasma y tampoco lo sé.

Una de mis primas viajó una vez a Europa. Contó a su regreso que allí también hay mujeres como yo pero que viven de otra forma.

No sé qué cosa sea vivir.

Me estás viendo. Dime tú qué cosa es la vida.

Yo, la sombra que parezco ser, lo desconozco.

No quiero entretenerte, seas quien seas, estés donde estés. Puede que te escandalice, puede que me desprecies.

Puede que te preguntes por qué no lucho para salir de mi celosía, para mostrarme, para empezar a ser además de estar.

¿Te puedo cuestionar yo? ¿Puedo preguntarte por qué ese orgulloso Occidente ha colaborado en construir cada hilo que teje mi cárcel?

¿Puedo saber cuánto te importo, cuánto te importamos las mujeres que así transcurrimos por la vida?

Nuestros hijos, esos que yacen reventados en el suelo tras el último bombardeo planeado en un aséptico despacho. ¿Te importan? ¿Os importan?

De dónde llegan las bombas, dime. Tanta muerte que vuela, acecha, destroza, mata. Ese es vuestro negocio.

Es por dinero, lo siento, es por dinero.

Dime ahora por qué no lucho. Contesta, ¿quién es mi enemigo?

Yo, la sombra que parezco ser, lo desconozco.

ANA RUIZ ECHAURI

Ana Ruiz Echaury. Periodista de Televisión Española, ha trabajado en prensa y radio, dirigido y presentado documentales, y participado en la «Novela del 2000», un proyecto del diario El Mundo que aúna Internet con la literatura. También ha publicado diversos relatos.



Un mosaico azul, reducto por donde ver la vida... una celda de mujer como tantas otras.
F. Magallón - Afganistán, 2009.



MUJER CON SUERTE

Salka, mi nombre suena mucho entre las arenas quemadas de mi tierra de nacimiento. Es un nombre de mujer muy popular en Mauritania, mi patria. Salka, me gritan, cuando me distraigo en los quehaceres, en los trabajos de cuidar casa, marido e hijos y vigilar el poco ganado que poseemos, bueno que posee mi marido y su familia. Me distraigo, porque me fijo en todo. Permanezco atenta a todo cuanto sucede, por curiosidad y por conocer. Soy una mujer afortunada. Soy la única mujer de mi marido y me trata bien, mucho mejor que la mayoría de maridos a mis compañeras de faena en los días de cuidar la aldea. Esa suerte me lleva a distraerme pensando en este país perdido entre Senegal al sur y el gran Marruecos al norte, próximo al mundo de las riquezas, las neveras con alimentos a rebosar y las casas cómodas y con habitaciones y no como mi pequeña cabaña de adobe y techo de paja, sin agua corriente y de una sola pieza. Así, que cuando mi marido me toma según su voluntad y deseo, tengo que apagar mis gritos para que mis dos pequeñas no despierten. Me toma porque busca un varón que continúe su estirpe. No parece que piense en rechazarme o divorciarse de mí, porque hay que ser más pobre que

mis padres para venir a vivir aquí, casi al borde del río Senegal en la frontera que divide el África mora del África negra. No me quejo, porque hasta aquí han llegado unos jóvenes europeos de origen árabe que nos enseñan a leer en nuestra lengua y nos ayudan a pensar como personas. Tampoco me quejo, porque como todos los días y veo pasar junto a mi aldea a miles de seres que buscan el mar para llegar a Canarias, que es la tierra prometida, donde buscarán trabajo, o seguirán camino hacia el frío, donde abunda el pan. Algunos no pueden llegar y luchan por quedarse aquí para no mostrar su fracaso regresando a sus humildes orígenes. También observo caravanas de mujeres llevadas desierto adelante hacia el mar que separa continentes para venderlas al mejor postor y así, según nos cuentan las que pueden huir de sus captores, devolver la cantidad anticipada para que viajen. Soy una mujer con suerte, pese a que debo ir a buscar el agua lejos de la casa y no poderme lavar nunca sola, lo hago con otras mujeres, pero vivo en mi tierra, soy fuerte y aprendo cada día.

JULIO BERNÁRDEZ

Julio Bernárdez. Periodista y licenciado en Historia y Geografía. Corresponsal en París y Bruselas y diplomático, ha trabajado en MARCA y en Televisión Española. Fue director de Telediarios y ha publicado diversos libros.



El 90% de los casos de trata de personas tiene como fin la prostitución, una práctica social mayoritariamente con cara de mujer. Coacción, engaño, abuso... una forma moderna de esclavitud.

F. Magallón - Mauritania, 2007.



و دولة العدل الى

م الساعة

DIOSAS

Si me preguntas quién es ella, te hablaré de su ayer. Creció mecida plácidamente en la cuna de la civilización. Tiene seis mil años de edad y correteó feliz en el desierto de Egipto, aquel en el que hombres y mujeres eran iguales ante la ley y modelo a seguir para la humanidad futura.

A pesar de las apariencias, no te equivoques; esta mujer milenaria y sabia no se esconde. Tras esa tela negra fina y tersa que cubre su cuerpo y su rostro, salta a la vista su carácter fuerte. Mírala de cerca, sus ojos y gestos muestran el quehacer del alma. Acerca un poco el oído; tras la pancarta, nos habla y nos dice quién es.

Por su sangre corre la fe de antepasadas discípulas de las diosas ISIS, Neftis u Osiris. Probablemente fue escritora y, al atardecer, se apresuraba a sentarse en el suelo a dibujar sobre el bello papiro jeroglíficos justos. Narraba en graciosos garabatos las historias de amoríos de aquellas bellas egipcias, tan bellas como ella, vestidas con frescas túnicas, enamoradas de apuestos compañeros que las cortejaban junto al Nilo. Subidos en un barco fantasma, transcurrían juntos río abajo los cauces cambiantes que les deparaba el destino.

Pasaron por la parte más angosta, allí donde la oscuridad se cernió y se centró en una plaza. No pudieron seguir. Se bajaron del barco de la fortuna y pidieron libertad. Cayó sobre ellos la gran maldición del Faraón que, iracundo, envió a sus ejércitos contra la turba obligándoles a huir raudal arriba, buscando refugio. Cuenta la leyenda que se resguardaron en una cueva negra donde tuvieron que camuflarse bien. Los hombres tuvieron que esconderse del poder. Las mujeres tuvieron que esconderse del poder y de los hombres.

Ser mujer es así, a veces los dioses te condenan a nacer en el trance de la historia equivocado; no te queda más opción que la de aceptar tu sino femenino. O no.

Observa de nuevo los ojos de la fotografía. Esta bella descendiente de las discípulas de las diosas egipcias te revela que todas pertenecemos a ese ayer glorioso, el que nos recuerda la sabiduría de los antepasados y la fragilidad moral del ser humano, condenado a dar la espalda a un pasado más igual y más justo.

Si me preguntas quién es, te diré que no es el ayer. Es el hoy y el mañana. Es la historia hecha carne. Ella encarna todo lo que el mundo debe saber: que bajo ese niqab, ese velo completo negro, está el espíritu, la energía y la fuerza milenaria de todas las mujeres egipcias que buscan la libertad.

De todas las mujeres que buscan la libertad.

Mírala bien. Es egipcia. Fueron, son y serán nuestras diosas libres.

MAYTE CARRASCO

Mayte Carrasco. Reportera, novelista y profesora. Ha cubierto conflictos bélicos para distintos medios como los de Afganistán, Libia, Malí, Siria, Georgia, Chechenia y la guerra contra Daesh en Irak, entre otros. En la actualidad trabaja en documentales para ARTE o la alemana ZDF.



El androcentrismo conlleva la invisibilidad de las mujeres, la negación de sus derechos y la ocultación de sus aportaciones...

F. Magallón - El Cairo, Egipto, 2011.



TU MIRADA, TU SILENCIO, M' IJA

¿Dónde estás, m'ija? ¿Lograste llegar al Norte? ¿Por qué no llamás o mandás un mensajito?

El patojito solo hace preguntar por vos y yo no tengo más que decirle, tan solo mostrarle, una y otra vez, aquella foto, no sé quién te la hizo, que, antes de partir aquella madrugada, trabaste en el marco del espejo para estar siempre con nosotros. ¿Te acordás? Una foto bien chilera, pero ahora ya descolorida de tanto acariciarla y susurrarnos, el patojito y yo, una y otra vez: dónde estás, ma; dónde estás, m'ija.

Cuántas veces lo platicamos... Mirá que el viaje hacia el Norte es largo, que atravesar ese México tan grande es muy peligroso, que la muerte es compañera de ruta, acecha en los fierros de La Bestia, en las trochas, que quedás a merced de los coyotes, de las patrullas, de los uniformados, de las maras, de tanto desalmado, de tanto abusador. Mirá, que hay heridas que destruyen vidas.

Los que regresan siempre traen rumores, noticias, quizá habladurías. Mujeres violadas, forzadas a prostituirse. Incluso hablan de algo con nombre extraño, «cuerpomático» o algo así, que no más es exigirle a uno su cuerpo

como moneda de pago, como peaje para seguir el camino, como cuota para seguir con vida. Las comadres me contaron lo de la «vacuna», ese remedio que dura meses y evita embarazos. Me consuela que, según me dijeron, la hayas llevado con vos.

A veces, en medio de mis eternas noches de duermevela, me asaltan malos presagios y te presiento tirada en una de esas fosas de huesos sin nombre que cada poco aparecen por todo México. O calcinada en algún galpón. O despachada en una quebrada perdida. Cuerpos robados a quienes los lloran y buscan con desesperación para apagar esa desazón, esa incertidumbre que les roe las entrañas, les mata en vida.

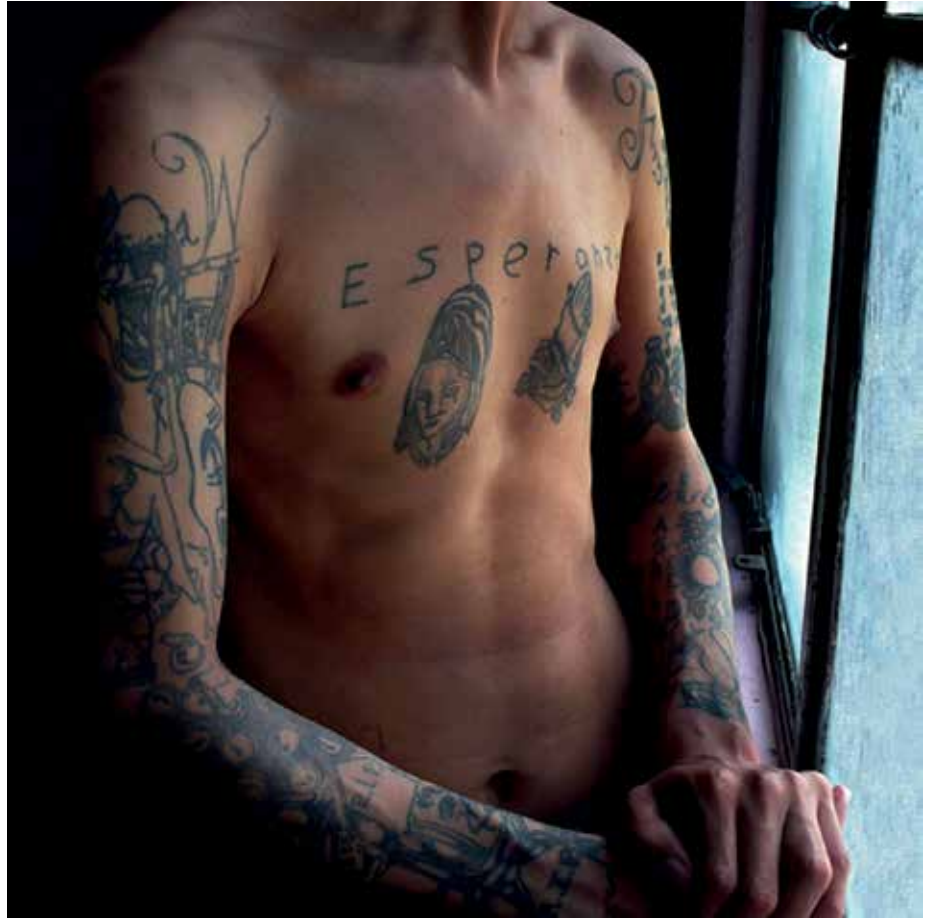
Me insistías, quiero un futuro mejor para el patojo y para vos; en el Norte lo encontraré. Y a mis reparos, vos porfiabas. Si otros lo han conseguido, vos no eras menos echada pa'lante y burlarías la migra. En un intento de convencerme y acallar mis dudas, me decías que, si bien los peligros eran muchos, no faltaban buenas gentes, que te habías informado bien y sabías que, a lo largo del camino, había lugares donde ayudaban a los que buscaban el Norte y les ofrecían cobijo, agua fresca, unos frijolitos, unos taquitos. ¿Te acordás?

Con el paso de las semanas, de los meses, m'ija, me espanta que esta violencia de la que huías te haya malogrado el Sueño del Norte. Me angustia descubrirte cualquier día en una línea de la nota roja.

M'ija, temo que tu silencio oculte la tragedia. ¿Dónde estás, m'ija?

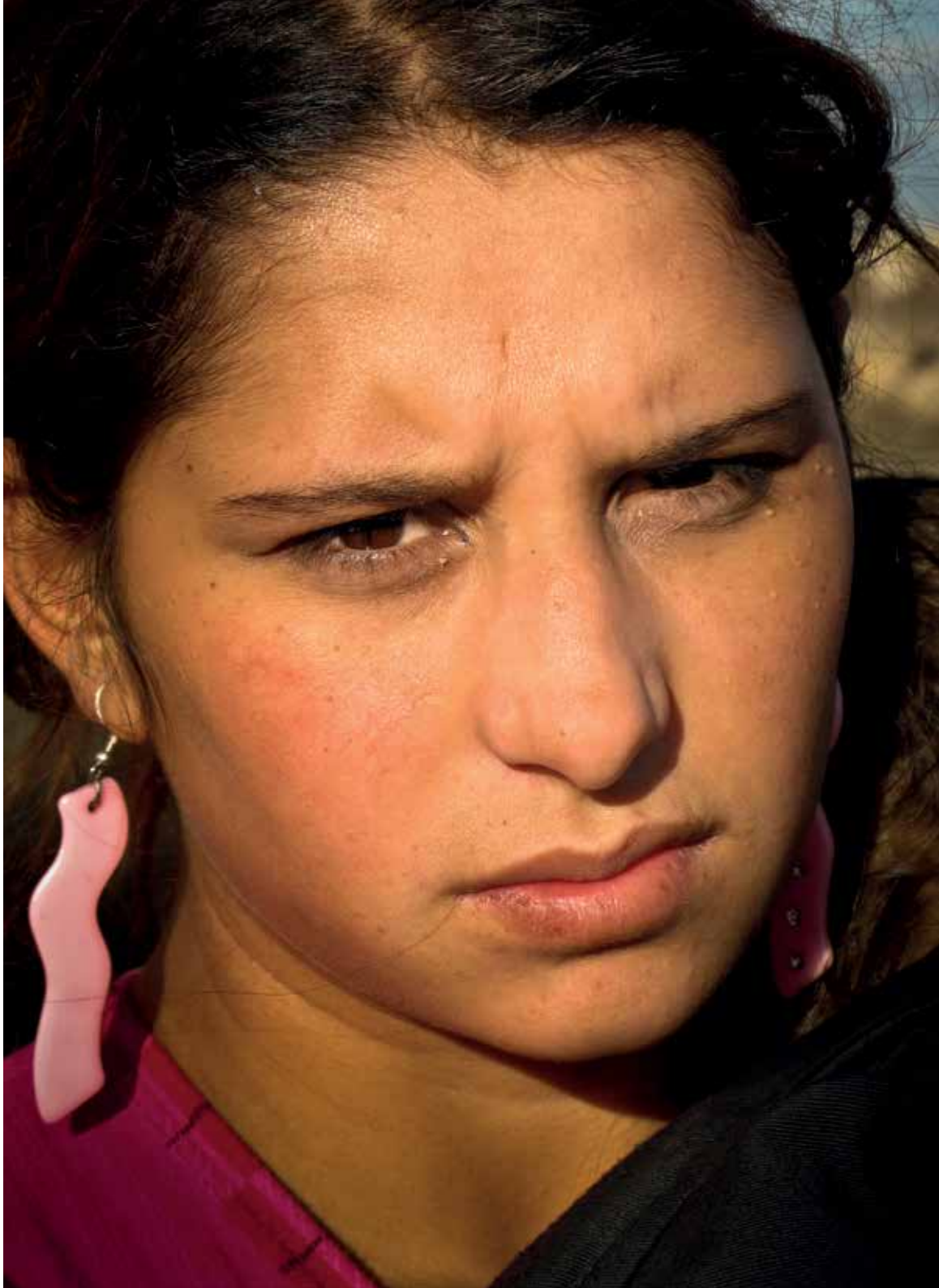
YOLANDA SOBERO

Yolanda Sobero. Periodista de Televisión Española, especialista en política internacional, ha sido enviada especial a los campamentos de refugiados saharauis en Tindouf (Argelia), Chechenia, Georgia, Kosovo o Sierra Leona y ha ejercido las corresponsalías en Moscú y Buenos Aires.



El asesinato de mujeres en Centroamérica tiene profundas raíces históricas... la violencia y la persecución ejercidas por las pandillas y el narcotráfico agudiza aún más en la actualidad el feminicidio.

F. Magallón - Guatemala, 2010.



¿SABES LO QUE ES LLORAR MARES UN DÍA?

¿Alguna vez has amaneció hecha un ovillo en el suelo, con cristales blancos y chiquitos sobre tus muslos?
Yo sí.

Toa mi farda negra cuajadita de ellos. Sal de sobra p'apañar una ensalá. La tocas y cruje. La llevas a tu lengua y escuece. Sal. La sobas entre las parmas de tus manos y se deshace. Parece como harina. Pero no. Es sal. Miras p'atrás y p'adelante. A un lao y al otro; con el canguelo comiéndote las tripas. Qué fatiga recordar que no te acuerdas de ná. ¿Quién había a tu vera? ¡Ná!

¿Tú te has visto con cara de andoba revisando tu ropa, tus borsillos, tu cuerpo, como una yonki, ciega, buscando el porvo blanco ese que no sabes de dónde salió?

Chungo ¿eh? Pos yo sí.

¿Has tocao tu cara y se ha deshecho en sal?

¿Has sentío el cielo de tu boca toíto de amargura salá y el asco retorcido en tu pescuezo hinchándolo de pena?
La menda, sí.

¿Has rebañado tu boca con la lengua y te ha venío un reguelo de sal hasta los dientes?

A mí, sí.

Y piensas si estarás mala, si has comío algo podrío, pasao. ¿Qué es lo que es? ¿Qué comí? Y vas atando cabos. Te se viene a la cabeza tó de momento. Y vas a levantarte y duele. La mollera, las muñecas, la esparda, los hombros. Y el dolor te recuerda que eres un cuerpo. Y te gusta, porque es de cierto y verdá de que no l'asespichao.

Pero te vienes arriba, curdela perdía, matá de miedo por lo tranquila que estás.

Y ya por fin sientes el dolor de tus ojos. Arden. Es ahí. Ahí nace tó.

¿Has buscao, loca, un espejo que te mire tu cara? Has encontrao tus pestañas negras nevaditas de sal? Hasta los pelos negros de mis cejas negras, caminitos de río blanco como arena blanca hasta mi boca. Y has caminao bailando por tarantos la danza del perder tó lo que tenías. Y ya no hay casa que te guarde, ni cara que te mire, ni nombre que te nombre. Y aluego dejas caer tó lo que eras; cae tu vida por los escotes y las rodillas. Y bailas, despacito, riendo de puro arrastre. Y bailas más, pa que caiga toa esa sal. Como una mortaja.

¿Has nació de nuevo arguna vez, nuevecita, p'aestrenar, desnua, grande, sin ley, hermosa, pura, con alas en los pies? ¿Has vivío en lo que odias, dejando caer toas las sogas hechas pedazos?

¿T'as abrazao a ti misma, vendimiando tu cuerpo, arruñando tu sal, tu cal viva? Yo sí.

¿Sabes lo que es llorar mares un día y regresar a la vida ? Yo sí.

Soy gitana. No sé escribir. Pero sé sentir. Como una paya. Como cualquier hombre. Como una mujer.

ELENA NEBREDÁ

Elena Nebreda. Licenciada en Psicología, Pedagogía y Filosofía. Directora de un Colegio Público de difícil desempeño en la Comunidad de Madrid. Es representante de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid en el Consejo Local de Infancia y Adolescencia.



Aún falta un lugar igualitario y justo donde los derechos de las mujeres, todos los derechos, estén plenamente garantizados con independencia de su origen étnico.

F. Magallón - España , 2008.



LA MUJER DE AGUA

Mientras te miro
mis ojos me esperan dentro,
tras el muro frágil de uralita.
Allí guardo los restos de una vida,
herida y mía.
Me gritan esclava,
pero soy Yaritza
–la mujer de agua–.
A golpe de risas y manoseos
construyo mundos imaginarios;
mientras,
el óxido dibuja islas de luz,
países donde la guerra no habla
de puntos cardinales,
ciudades donde mi cuerpo
no se cambia ni se trata.

Mírame, y si ves
una sonrisa posible en mi rostro,
es la herencia de mis abuelas,
las del coraje indemne
a fuerza de esperanza,
lucha
y compromiso.

Al cerrar la puerta
no me olvides.
Soy Yaritza, la mujer de agua,
una entre tantas,
cautiva,
aún dueña de mis sueños,
de mi palabra.

CRISTINA NAREA

Cristina Narea. Compositora y cantautora, ha trabajado con nombres como Joaquín Sabina, Miguel Ríos, Revólver, Nacha Pop o Luis Eduardo Aute, con quien lleva 18 años siendo parte de su banda. Ha publicado varios poemarios.



Vender o cambiar, ceder... nadie se ofrece voluntariamente para convertirse en esclavo... miles de mujeres son engañadas por las lucrativas redes de la trata.

F. Magallón - Haití, 2011.



SORDIDEZ

El calor es pegajoso, el olor nauseabundo. Por el suelo fluye un líquido viscoso imposible de identificar. Es un lugar muy grande, un barrio entero de casas minúsculas y cuartuchos lúgubres. A este laberinto serpenteante de miseria solo se entra por un angosto callejón. En cada rincón, hombres sucios con ojos vidriosos y mujeres tristes de mirada perdida. Hay muchos niños que corretean distraídos. Son la nota discordante de un lugar sin esperanza. Estamos en Bangladesh, en uno de los mayores prostíbulos de Asia. Si no lo ves, no puedes imaginar su existencia. Pero es real y tiene pasado. Ya ha cumplido más de 200 años.

Sonia se acerca. Dice que tiene 15 años. Va pintada en exceso. Labios rojos, raya negra en los ojos y un bindi o tip en la frente. Por sus rasgos, aparenta ser un chico que se ha travestido. Quizá lo sea. Se refiere a sí misma en femenino. Con una sonrisa tímida nos cuenta que su madre huyó para no volver. Atrás dejó a seis hijos. Ella ha nacido allí, en ese barrio-burdel, así que tiene escrito su futuro desde el mismo momento en que fue gestada. Será prostituta (seguramente, ya ejerce aunque no lo quiera admitir). No tiene opción. Los proxenetas podrán

comercializar con ella, tendrá que someterse a todos los hombres que se lo exijan, nunca podrá estudiar, ni salir de ese prostíbulo. Seguramente enfermará de gonorrea. Deberá tomar hormonas de vaca para engordar y ser más atractiva a los ojos de sus clientes. Le destrozarán el hígado, pero es lo que hay. Si se quedara embarazada, se autopractificará un aborto. En el mejor de los casos, si alguna vez consigue salir de allí, será apedreada en cuanto alguien se entere de su procedencia. Ya ha pasado otras veces. Jamás le ofrecerán un trabajo digno.

Impotencia.

Yo estoy en ese lugar y no puedo hacer nada por ella... ni por las demás. Solo contar su historia. Veo a niñas, que aparentan tener unos trece años, entrar en covachas de la mano de hombres maduros. Y no puedo evitarlo. Observo a adolescentes, con evidentes signos de sufrir una discapacidad intelectual, ser acariciadas lascivamente por tipos que podrían ser sus abuelos. Y no puedo evitarlo. A una joven, la sangre le resbala por entre las piernas. Otra se encoje de dolor, tiene moretones en la cara. Y no puedo hacer nada. Una mujer me cuenta que no sabe quién es. Solo recuerda que nació en otro de estos barrios-prostíbulos y que de niña su madre la vendió. Nunca ha visto otra cosa. Me doy cuenta de que el infierno debe ser así: sórdido, triste, maloliente y olvidado. Un lugar en el que te hacen mucho daño y, aunque grites durante doscientos años, nadie acude a salvarte.

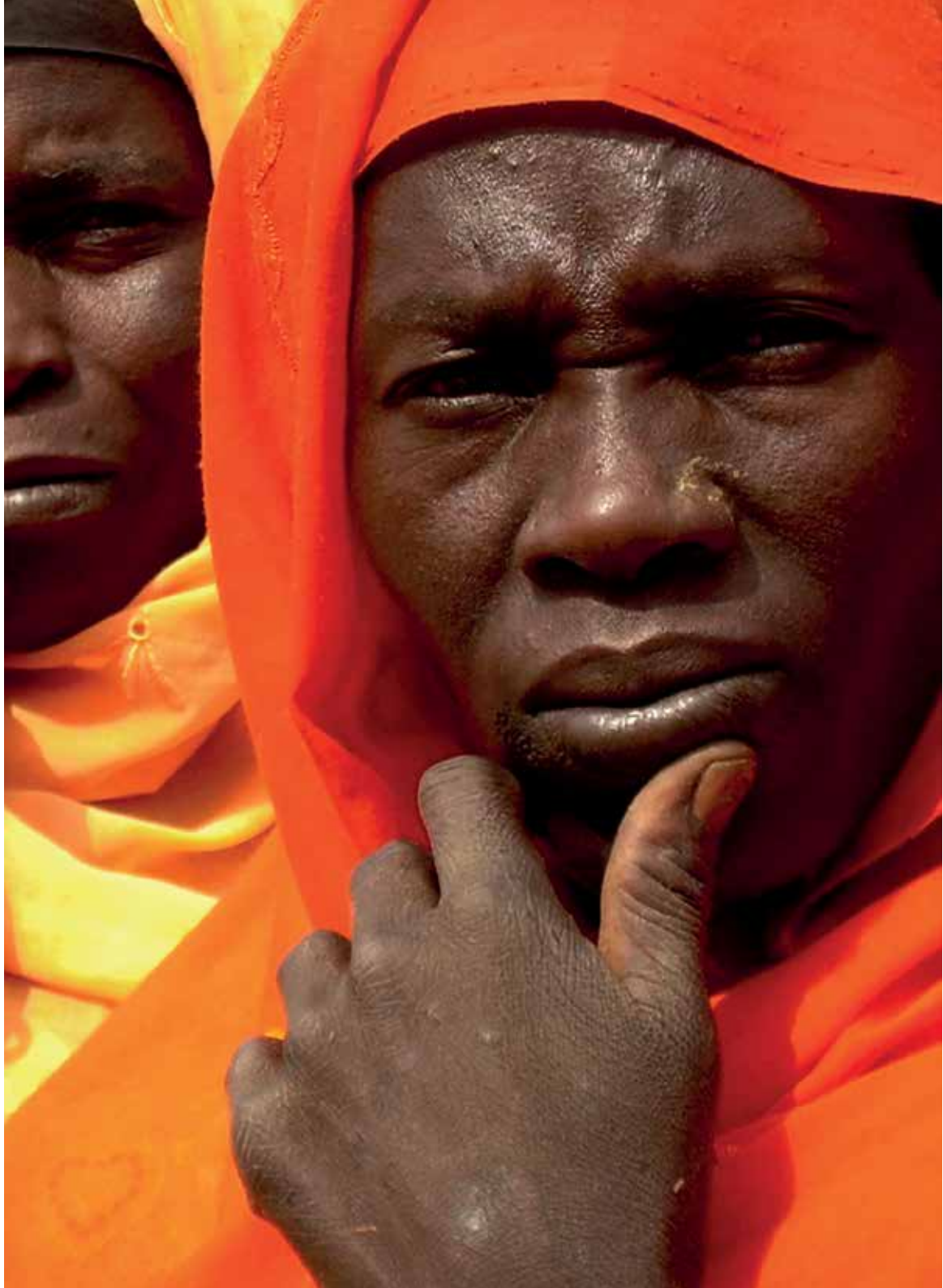
ÁNGELA ALCOVER

Ángela Alcover. Periodista de Televisión Española en el área de sociedad y colaboradora en Radio Nacional de España. Especializada en Cooperación al Desarrollo, ha trabajado en diversos medios de comunicación.



Explotadas, agredidas y prostitutas, viven en reducidos espacios donde nacerán sus hijos para volver a recomenzar su propia historia. Solo junto al mercado principal de la ciudad, explotan a cientos de personas... más de la mitad no llega a los 16 años. Daka.

F. Magallón - Bangladesh, 2009.



LAILA, LA LLUVIA LLEGARÁ

Me gusta cantar. Siempre me ha gustado. Me paso todo el día cantando.

Hay tantas mujeres diferentes... Mi tía Huda, que es la reina de la cocina... Rasha, ensimismada todo el día en sus pensamientos... A mí me gustan mis hijos y cantar.

Cuando era niña me encantaba escuchar a las Hakamat. Sus canciones sobre los hombres de otras tribus eran muy graciosas. Nuestros hombres se sentían fuertes y valientes cuando las escuchaban. En cuanto cumplí los 21 años me uní a este grupo de mujeres cantantes, pero las cosas han cambiado un poco desde entonces.

Nuestra familia es agricultora y desde hace muchos años tenemos problemas con nuestros vecinos. Cuando tenía 16 años, nos atacaron unos ladrones que robaron nuestro ganado. Algunos hombres fueron a luchar para recuperar lo que nos pertenecía y regresaron victoriosos. Otros huyeron presas del pánico. Nosotras cantamos nuestro agradecimiento a los valientes y homenajeamos su virilidad. En cambio, a los que habían huido los ridiculizamos. «Aunque pareces un hombre, no lo eres», cantábamos. Admito que era gracioso; y creíamos que necesitábamos la guerra para protegernos, para salir adelante, y que así los hacíamos más valientes.

Pero ahora hemos entendido que hay que vivir en paz. Hemos visto que el problema no es la propiedad del pozo, sino que el agua es muy escasa y no tenemos oportunidades suficientes para sobrevivir. Los enfrentamientos han causado mucha muerte y dolor en las familias.

Pasamos muchas temporadas con dificultades. El desierto es un sitio muy duro para vivir. No tenemos muchas oportunidades, pero sabemos que la paz es lo más valioso que podemos dejar en herencia a nuestras hijas. Y sabemos que si hay paz, todo lo demás se hace más fácil. Nuestras hijas lo verán y nosotras se lo enseñaremos.

Las Hakamat tenemos la posibilidad de contar lo que sabemos a toda la aldea. Muchas hemos perdido padres, hermanos o amigos en esos conflictos. Hemos sufrido mucho y no queremos seguir viviendo así. Seguimos cantando para nuestra tribu y nuestras familias y les agradecemos su compañía y generosidad. Pero también cantamos para la gente rizeigat, hakamah y todas las tribus. Nuestro canto dice que puede haber paz entre nosotras.

Además, he aprendido muchas cosas sobre nuestra historia, sobre nuestras vecinas, sobre la Tierra... Cuando yo me uní a las Hakamat, las mujeres no sabíamos casi nada. Ahora estamos más preparadas para la responsabilidad de trabajar para la paz.

Nuestro jefe dice que las Hakamat somos muy importantes en la comunidad y que los hombres escuchan nuestras palabras antes de actuar. Quiere decir que el futuro de la comunidad está en nuestras manos y en nuestras voces.

Mariam me dice: «¡Laila, está funcionando!». Yo creo que tomará tiempo ver los resultados. Pero nuestra paciencia es como una montaña. La lluvia llegará.

GRETA FRANKENFELD

Greta Frankfeld. Periodista especializada en comunicación para el cambio social, el desarrollo y la paz con perspectivas de género e interculturalidad.



Sudán, un lugar donde estrechar la mano al diablo, el país de las buenas intenciones. El reino de las razones ocultas, donde el agua no es capaz de apagar el fuego y mucho menos sus causas. Tierras desoladas durante más de veinte años por los combates entre la guerrilla y el Gobierno, a las que, tras los provisionales acuerdos, la población ha regresado para proceder a la reconstrucción de sus casas.

F. Magallón - Sudán, 2006.



MÁS ALLÁ DEL BURQA

Cuando viajé por primera vez a Afganistán en verano del año 2000, durante la época de los talibanes, me impactó ver a las mujeres afganas enfundadas en su tradicional burqa azul. Parecían fantasmas anónimos, sin rostro ni identidad. A lo largo de los años, a medida que he ido conociendo la realidad de las mujeres en Afganistán, el burqa, que tanto me impactó en un primer momento y que tanto continúa escandalizando a Occidente en la actualidad, me parece una nimiedad.

Nunca he encontrado a una mujer en Afganistán que me diga que el burqa es un problema para ella. Sino todo lo contrario, a menudo esa prenda puede servir de protección. Con el burqa, nadie sabe si la mujer que lo viste es guapa o fea, joven o anciana. El anonimato confiere seguridad en un país donde impera la impunidad.

La violencia contra las mujeres en Afganistán empieza en el seno de su propia familia y es endémica, independientemente de que los talibanes estén o no en el poder. Es una violencia que forma parte de la propia sociedad, y en la que contribuyen tanto hombres como mujeres.

En Afganistán es habitual que las niñas sean dadas en matrimonio por dinero a viejos que les cuadruplican la edad, y que acaben con la vagina desgarrada tras su primera relación sexual. O que las adolescentes se lleven un susto de muerte cuando tienen su primera menstruación, porque nadie les ha explicado qué es la regla y que un día sangrarán.

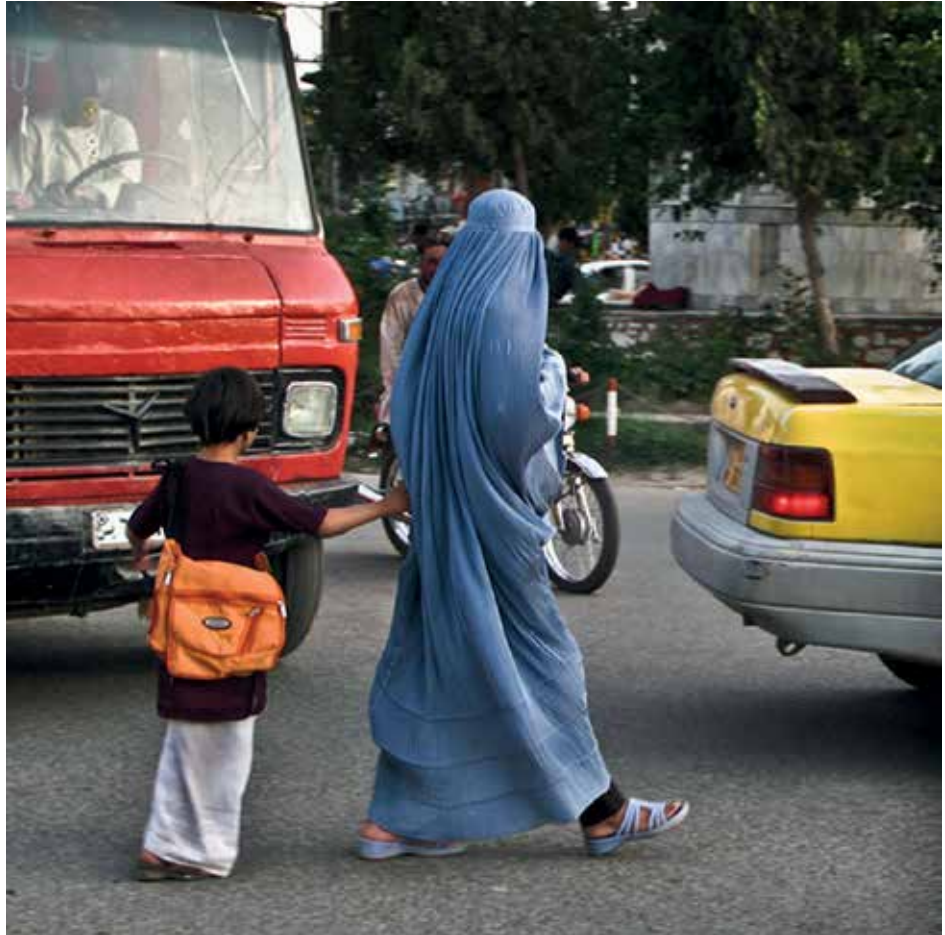
Las novias en Afganistán suelen tener cara de circunstancias el día de su boda, a punto de romper a llorar, porque la mayoría son obligadas a casarse con un hombre que no desean y que ni siquiera conocen. Algunas chicas optan por inmolarse a lo bonzo para escapar a través de la muerte de tanto dolor y sufrimiento. Otras también se intentan quemar, pero por dentro: ingieren matarratas para acabar con su vida.

Algunas mujeres en Afganistán, una minoría, tienen formación universitaria e incluso una carrera profesional meteórica, pero si se inquiera en su vida privada, se suele encontrar siempre la misma lacra: la mayoría vive encadenada a un marido con quien se desposó en contra de su voluntad y de quien no se puede divorciar, aunque lo desee. Si lo hiciera, perdería a sus hijos. La legislación afgana siempre da la custodia al padre.

Las Naciones Unidas y otros organismos internacionales han publicado múltiples informes sobre la dramática situación de las mujeres afganas. No es una realidad para nada desconocida. Sin embargo, continuamos insistiendo en correr un tupido velo y quedarnos con la superficialidad: el burqa. Por una vez sería bueno mirar a los ojos a las mujeres en Afganistán.

MÓNICA BERNABÉ

Mónica Bernabé. Única periodista española que ha trabajado como corresponsal permanente en Afganistán, donde ha vivido entre 2006 y 2014. En 2000 creó una asociación de ayuda a las mujeres afganas. Es autora de diversos libros.



Vulnerables entre las vulnerables, «las nadies entre las nadies», sufren a diario la violencia en el reino de la impunidad.

F. Magallón - Afganistán, 2010.



DESNUDA DE MÍ

Contábamos las estrellas y éramos felices. Todas las noches, los dos solos, mi primo Yat y yo, les poníamos nombres. Luego Yat me recitaba las palabras que aprendía en aquella escuela a la que yo nunca jamás iría.

Me llaman Nyaring, que en el lenguaje dinka de mis ancestros del sur significa «correr». Me lo puso mi madre antes de morir pero no tuvo tiempo de escribir mi nombre en ningún papel del ayuntamiento, por eso no existo oficialmente, para ellos soy invisible, no he nacido, no tengo derechos.

Mi infancia de juegos y sueños se rompió muy pronto, y al cumplir los doce años mi tío me vendió por 20 cabras a un hombre viejo y enfermo.

El día que llegó para desposarme, la tormenta «haboob» cubrió la aldea de arena, escuché mi nombre: Nyarinnng, y mis piernas empezaron a moverse veloces, pero el miedo me empujó al suelo, tropecé y me caí.

Mi tío siguió mis huellas y no paró de azotarme durante todo el camino hasta llegar a nuestra choza «tukul», donde me pegó y me pegó, con un palo, con las manos, con los pies. Lloré y lloré por mis padres muertos, por el dolor de los golpes, por todas mis estrellas.

Me tocaba primero y luego me violaba. Quería morir. Luego vomitaba. Soñaba con regresar al lugar donde nací, desenterrar a mi madre, recuperar su voz, que me salvara de aquel infierno.

Empecé a sentirme muy muy enferma, los días pasaban y mi vientre engordaba, llevaba un pequeño dentro de mí, y no sabía si algún día le amaría. Me sentía sucia, el anciano seguía tocándome y empujando dentro. Luego me pegaba y después me mandaba a buscar agua y guardar las cabras.

Un día enloquecí: Nyaring, Nyaring, Nyaring... una voz poderosa me empujaba a correr y huir. El viento me ayudó. Até una rama larga a mi espalda para borrar cada huella de mis agrietados pies en la arena. A los once días me detuvo un dolor punzante, insoportable, comencé a sangrar, cerré los ojos y me preparé.

Había visto a muchas mujeres ponerse de parto, algunas gritaban, otras se retorcían, se daban masajes en la barriga, se ponían en cuclillas y tumbadas de lado, incluso morían.

Ardía por dentro, no podía respirar y el bebé no salía, quería empujar y no podía, tenía sed y frío, miré las estrellas, alguien me susurró aquel poema que tantas veces le oí recitar a Yat, mi primo, el único al que quise.

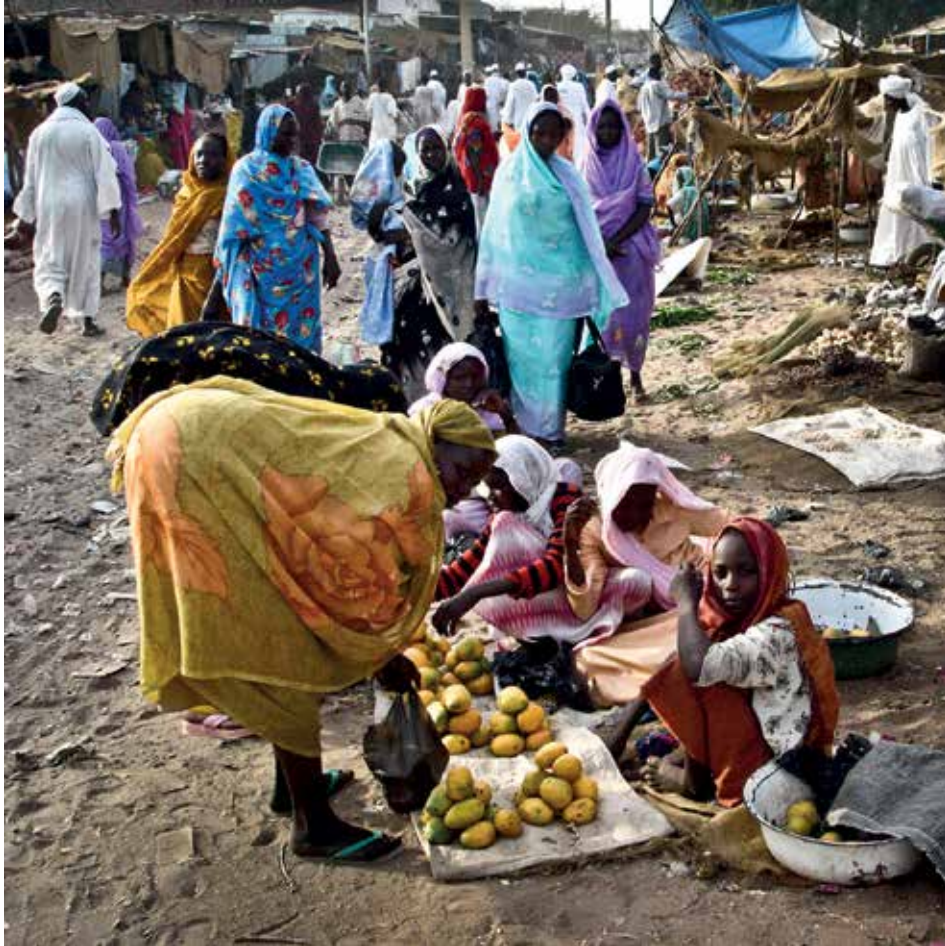
«El silencio cruel de un vaso en mil pedazos
lo cotidiano, denso,
te envuelve y reseca el habla.
Abre el corazón. Despierta.
Fluyes.

Tu almacén apagado se deslumbra
con tu propia luz.
La revelación es un sueño.
Desnúdate de ti.
El éxtasis te espera».

(Huertos, parte III, del poeta sudanés AL RADDI)

PILAR GONZÁLEZ MORENO

Pilar González Moreno. Periodista de la Agencia EFE. Premio Unicef de periodismo y contra la violencia machista del Instituto de la Mujer. Ha sido dircom de la ONG Plan International. Actualmente trabaja en EFE salud.



Entregada con doce años, ella no eligió vivir con él y mucho menos morir por él... matrimonio forzado, una violación, en muchos países, legalizada.

F. Magallón - Sudán, 2006.



«ME LLAMO VIENTO»

Alguien definió el hervidero de Jartum como la sala de espera más grande del mundo.

Hawa esperaba el 4 de marzo.

Hawa, «me llamo viento», diría ella. Su toob, holgado vestido local, presagiaba una mujer menuda, de una fragilidad desmentida por una mirada sin lugar a dudas.

Hawa era una *tea lady*, mujer del té, una institución de doble filo en Sudán. Los amaneceres de Jartum les pertenecían. Antes del alba se afanaban bajo un árbol, al lado de un edificio en construcción, al rebufo de un bazar, junto a un hospital. De escondrijos imposibles sacaban taburetes de plástico, un mostradorcito y un hornillo de latas recicladas, cajas con los ingredientes del negocio: teteras, vasitos, infusiones y especias. Se las adivinaba entre las sombras de la ciudad dormida por el fulgor de las brasas, el susurro de sus escobillas. Los clientes llegaban con el rezo de la madrugada. Las *tea ladies* eran el centro de reunión masculino de la manzana. Funcionarios, estudiantes, taxistas, desempleados, formaban corros mientras tomaban jebana, un café denso y aromático, y discutían de fútbol, del precio del pan, del incierto futuro. Sus madres, esposas y hermanas, bebiendo jebana en casa, aseguraban que las *tea ladies* eran prostitutas. Lo único seguro era que se trataba de mujeres desterradas, solas, capaces de sonreírle a la adversidad. Etiopes, eritreas, darfuris. Lo único seguro era que detrás de cada una de ellas había una historia triste.

No sabía cuándo nació, pero sabía que nació en Gororg, una aldea de Darfur. Era hija de uno de tantos matrimonios interétnicos, «de los de antes de que las tribus fueran lo único importante en nuestras vidas». Hawa llegó a Jartum a finales de 2004, desgarrada por un conflicto que le arrebató a sus padres y cuatro hermanos, anegó su mente de sangre, llenó su mirada de incendios y ultrajó su cuerpo con palizas y violaciones. «No tengo mucha suerte, pero mis hermanitos no tuvieron ninguna», diría ella.

La guerra de Darfur comenzaba donde las felices memorias de Hawa y su infancia de muñecas rellenas de paja tocaban a su fin. Cuando el planeta abrió los ojos, un año y medio demasiado tarde, 200.000 personas habían perdido la vida, más de 2.000 aldeas habían ardido, decenas de miles de mujeres habían sido violadas, y dos millones y medio de desplazados desesperaban bajo chozas de espinos en medio de la nada.

Hawa esperaba el 4 de marzo mientras servía té y café con cardamomo bajo un árbol de Cemetery Road.

—Este es un buen sitio, rodeado de colegios, obras y la comisaría de policía. Aquí puedo ganar 20 libras al día, pero hay que venir muy temprano para que otras chicas no te lo quiten —explicó Hawa mientras echaba incienso en el brasero.

Entre los clientes pululaba Ali, su hijo sin padre, un manojito de nervios mudo que hablaba sin parar con manos y guiños y ofrecía sus servicios de limpiabotas en una ciudad de sandalias.

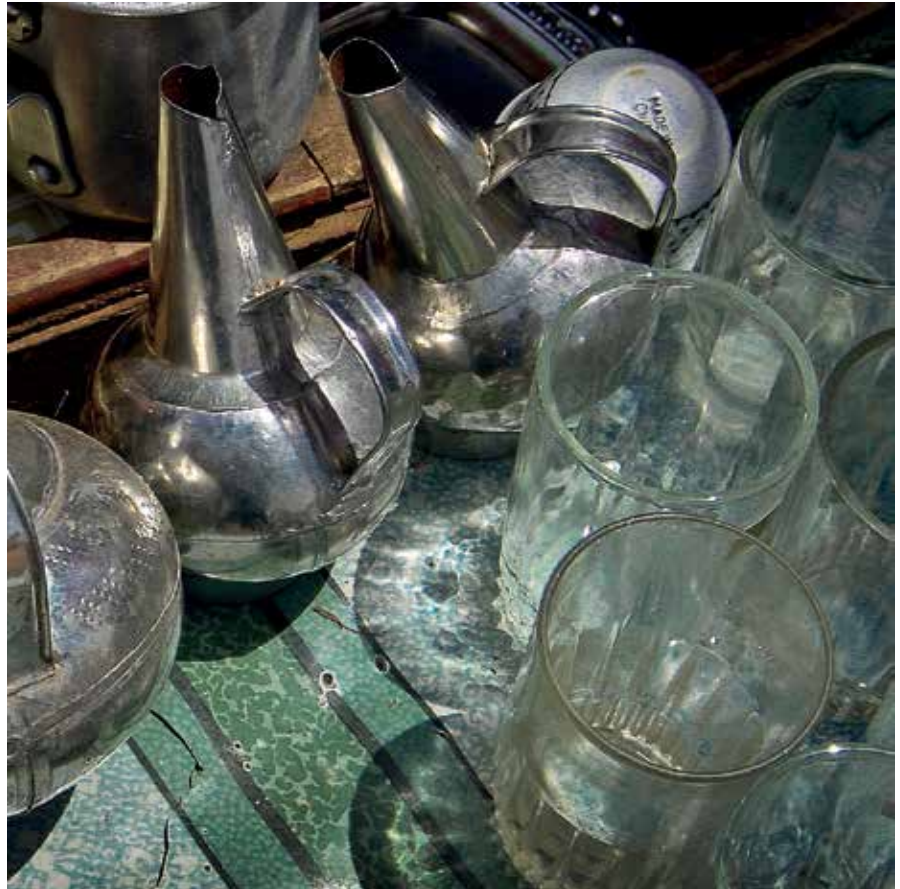
—¿Qué pasará el 4 de marzo? —Hawa miraba de soslayo, regresaba a su paradita y se acercaba a mi taburete con otro azucarillo.

—Que el cerdo hará justicia.

—¿Qué cerdo? —Hawa partió tras un cliente que intentaba irse sin pagar, dando por concluida la conversación.

JORDI RAICH

Jordi Raich. Escritor, viajero y experto en ayuda humanitaria, ha trabajado en más de 30 países como coordinador de proyectos, evaluador, investigador y consultor en epidemias, terremotos, hambrunas y guerras. Es autor de numerosos artículos y de una quincena de libros.



Más de cinco millones de habitantes observan el terror del conflicto bajo una calma aparente. Jartum, una ciudad de África de la que algunas personas, pocas, han conseguido escapar y donde otras, temerosas, deambulan en la espera de una tensa calma, con una palpable tristeza que, aquí, es difícil imaginar.

F. Magallón - Sudán, 2004.



LA VIDA EN GUERRA

Mi vida no ha sido fácil. Nací en Líbano pero soy hija de palestinos refugiados de la guerra que siguió a la creación del estado de Israel en 1948. Mis padres huyeron de la contienda con dos de mis hermanos y se asentaron en Ein el-Helwe, uno de los campos de refugiados palestinos junto a la costera Sidón. Me llamaron Nooran (las dos luces) porque decían que mi nacimiento siempre les iluminó y les dio fuerzas para seguir adelante. Mi infancia transcurrió entre calles de arena, sin asfaltar, ayudando a mi madre en las tareas domésticas y escuchando por la noche las historias que contaba mi padre a la luz de un candil. Cuando acababa, corríamos la sábana que hacía las veces de pared y convertíamos la única habitación de la vivienda en dos dormitorios; uno para mis padres y mi hermano, que entonces era un bebé, y otro en el que dormíamos los demás.

Me casé con un libanés y nos trasladamos a una pequeña aldea cerca de Marjayun, en la frontera con Israel. Aquí nacieron mis cuatro soles. La última, Amina, llena de vida y alegría. Tiene síndrome de down, con lo que su aprendizaje va a un ritmo más lento. Las dificultades que tiene y su dependencia de mí, prácticamente para todo,

me hacen pensar cada día qué será de ella cuando yo falte. En su inocencia es feliz. Su padre murió hace un año en un accidente, cuando realizaba unas obras en la casa de un vecino, pero Amina sigue preguntando que cuándo volverá. Tampoco es consciente del dolor que la rodea, de los enfrentamientos que se libran cerca de aquí o del río de refugiados sirios procedentes de Damasco, Alepo o Hama que llegan exhaustos al llamado «Centro de Bienvenida» creado por el alcalde de Marjayun.

Los veo desde la ventana de mi casa e imagino que algo así fue lo que tuvieron que vivir mis padres, hace 70 años, cuando iniciaron el mismo penoso camino. Mis padres nunca pudieron volver y a mí, en Palestina, ya no me queda nada. Ni siquiera sé si el pueblo de mis antepasados sigue existiendo, pero ahora eso es lo que menos me importa. Nos robaron una vida y logramos construir otra, pero en el corazón de mis padres nunca se cerró la herida abierta. Por eso, cuando veo a los sirios que llegan cargando con sus hijos y su hatillo, solo espero que, algún día, ellos sí puedan recuperar la vida que la guerra les ha robado.

LOURDES BAEZA

Lourdes Baeza. Periodista experta en Relaciones Internacionales. Ha trabajado en los servicios informativos de CNN+, corresponsal en Oriente Medio para la cadena SER y Telecinco y ha colaborado en la Deutsche Welle. Actualmente colabora con El País desde Jerusalén.



Arduo es el papel de la mujer, motor de la existencia, en medio de uno de los conflictos más crueles y largos de la actualidad. Lugares donde impera la ley del más fuerte, una fábrica de refugiados... Almas expulsadas de sus hogares a sangre y fuego, sin posibilidad alguna de volver a sus hogares, donde no tienen apenas garantías para sobrevivir.

F. Magallón - Líbano, 2007.



CARGAR CON EL ESTIGMA

Se tapa la cara. ¿Será el cansancio el que le hace cubrirse el rostro o se avergüenza de su oficio? Ella es porteadora. Traslada bultos muy pesados, a veces de hasta 50 kilogramos que se echa a la espalda o de 90 que empuja a ras de suelo. Con ellos cruza de Ceuta –otras también lo hacen desde Melilla– a Marruecos.

Lo hace tantas veces como puede y todos los días en que la frontera está abierta para porteadoras. Cuanto más pesa el fardo y más veces la atraviesa, más gana. Puede llegar a embolsarse hasta 20 o 30 euros la jornada madrugando mucho para ser de las primeras en la cola, caminar a paso ligero hasta la nave ceutí donde le entregarán la mercancía y regresar con ella a Marruecos a toda prisa.

Recibirá en el camino unos cuantos palos, propiciados con fustas o correas, cuando los mejaznis (antidisturbios marroquíes) intenten poner orden en la fila, evitar empujones y accidentes. Golpean y gritan a pesar de que para ellos, y para los aduaneros, la frontera es un destino lucrativo. Cobran sus bakshish por hacer la vista gorda, pequeñas propinas que mejoran su sueldo y que comparten con sus jefes.

En los bultos hay de todo, desde ropa hasta calzado, pasando por neumáticos viejos, que entran de contrabando en Marruecos. El volumen de este negocio, que en ambas ciudades llaman púdicamente «comercio atípico», no es moco de pavo. Ascende a unos 1.400 millones de euros anuales.

El suyo es un oficio peligroso. Son entre 12.000 y 15.000 las porteadoras –hoy en día mayoritariamente mujeres– que trabajan en la frontera de Ceuta y entre 3.000 y 5.000 en la de Melilla, según la estimación oficial. En el tumulto que se organiza ante Tarajal, el paso fronterizo, dos han fallecido en 2017 del lado marroquí, a consecuencia del atropello humano, pero ellas sospechan que alguna más ha muerto a consecuencia de sus heridas. Nadie sale ileso de la travesía. Todas sufrirán pronto o tarde luxaciones de hombro, dolores de espalda, roturas de tobillo o de muñecas y un enorme estrés provocado por la dosis de violencia que soportan al cruzar.

No les quedaba otra para sobrevivir que mudarse y empadronarse en las provincias de Tetuán y Nador para poder así entrar sin visado en Ceuta y Melilla. Son madres solteras que emigraron para huir de la ignominia que supone en Marruecos engendrar sin estar casada; son aldeanas analfabetas cuyo padre no pudo asegurar su sustento; son contrabandistas rebotadas de la frontera con Argelia cada vez más sellada; son parejas humildes venidas de lugares remotos y paupérrimos en busca de un trabajo por muy penoso que sea.

Ser porteadora es llevar un estigma social; pertenecer al estrato inferior de la sociedad marroquí. Por eso algunas se cubren el rostro ante la cámara.

IGNACIO CEMBRERO

Ignacio Cembrero. Periodista y escritor, ha trabajado para El País y El Mundo. Actualmente escribe sobre la frontera sur de España, aquella que separa dos mundos y que tantos sufrimientos causa a muchos de los que la atraviesan: inmigrantes, porteadoras, refugiados...



Mantas, telas, ropa vieja, zapatos usados, papel higiénico, pañales, repuestos, comida... fardos envueltos en tela de saco, atados con cintas y cuerdas. Bajo ellos, casi invisibles, van ocultas por una carga que las dobla en tamaño. Nervios, caídas, gritos y golpes, lágrimas, presión e incluso, en ocasiones, la muerte por aplastamiento en una avalancha.

F. Magallón - Melilla, 2012.



MONIRA

A los 9 años un vecino la atacó con ácido. Quería casarse con ella. Su padre se negó. Enfadado, el vecino reaccionó quemándole con ácido la cara y el cuerpo. Este tipo de ataques son frecuentes en Bangladesh, India, Camboya, Pakistán... a menudo es el castigo contra las mujeres por rechazar propuestas sexuales u ofertas de matrimonio.

¿Te resulta duro mirarle a la cara?

Pues deja a un lado tus prejuicios: estás viendo a una triunfadora, a una superviviente.

Durante años Monira ha luchado para no abandonarse y recuperar su vida. Reconstruirse y tener autonomía, algo que para las mujeres en el siglo XXI sigue siendo un lujo difícil de alcanzar no solo en Bangladesh, sino en muchos puntos del planeta.

Las heridas más difíciles de curar no son las que se ven, están por dentro. Ha sido duro para ella también aprender a ser vista. Recordar que no es ella quien debe ocultarse y quien debe sentir vergüenza, sino la sociedad que permite que esto siga ocurriendo.

Entender que no es un problema individual, que la violencia contra las mujeres es estructural y que la responsabilidad de lo que le ha pasado es colectiva.

El control del cuerpo de las mujeres para que el patriarcado mantenga su poder hegemónico. Utiliza para ello todos sus recursos y en todos los ámbitos: social, cultural, religioso, étnico. Los ataques con ácido son una de sus expresiones más crueles, extremas y siniestras de ese ejercicio de control infligiendo un castigo que tiene como objetivo deshumanizar y desfigurar a la víctima para siempre.

A esta violencia extrema se suman las violencias cotidianas: pobreza, desigualdad ante la ley, falta de oportunidades en educación.

En los años 70, durante la guerra por la independencia del país, las mujeres de Bangladesh fueron utilizadas sistemáticamente como botín de guerra por los soldados del ejército pakistaní. La violencia sexual se convirtió en un problema cotidiano. A mediados de los 80, activistas feministas lograron desarrollar la defensa de los Derechos humanos desde la perspectiva de género, sumándose al grito unánime internacional: ¡los derechos de las mujeres también son Derechos humanos!

En 1999 nació la Fundación de Supervivientes del Ácido, una organización pionera para apoyar a quienes sufrían este tipo de ataques. Quienes la impulsaron lograron aunar energías y voluntades políticas para aprobar en 2002 una ley contra estas agresiones.

En esta fundación encontró Monira alianzas y complicidades que le han ayudado a superar el día a día. Lejos de amilanarse, en los últimos años las mujeres de Bangladesh estudian y luchan para tener un futuro mejor que el de sus madres y abuelas.

Monira estudia derecho y será abogada.

Pasar de víctima a sobreviviente fue el primer paso.

MONTSERRAT BOIX

Montserrat Boix. Periodista de Televisión Española especializada en temas de política exterior y el mundo árabe. Defensora del derecho a la comunicación y los derechos de ciudadanía para las mujeres como ejes de su trabajo. Profesora y autora de numerosas publicaciones, ha recibido diversos premios.



Rociadas con ácido para que nunca nadie se vuelva a fijar en ellas... la mayoría sobrevive pero, a partir de ese momento, su vida, con dolores insoportables y el rechazo de la sociedad, se convierte en un infierno. En sus rostros abrasados es difícil leer la edad que tienen y, en algunos casos, su propia piel les limita los movimientos. Mientras, libres, sus agresores nunca pisarán la cárcel.

F. Magallón - Bangladesh, 2014.



PHUYUQHAWA (LA QUE MIRA LAS NUBES)

Durante muchos años escuché que las nubes eran buenos augurios de las lluvias que vendrían para alimentar a la Pachamama. Mi abuela contaba una historia romántica en que las muchachas de este páramo de Colta miraban las nubes para pedir un buen amor y que, tras las lluvias, fueran veneradas por los hombres que algún día las desposarían para cubrirlas de halagos y tesoros. Yo tenía doce años cuando escuchaba, con entusiasmo y ensueño, aquella historia ancestral. Ahora, con mis ojos rasgados y el corazón viejo, puedo decir que la realidad de la vida se cuenta a través de otras historias, y que las nubes son solo el reflejo de la tristeza que las mujeres guardamos cuando somos abandonadas y marginadas por los hombres.

No importa cuánto vales para los demás. El valor es una palabra que para algunos hombres no tiene importancia. Vale más un borrego que la esposa o las hijas. Yo no valgo nada para ellos, solo debo cumplir lo que me mandan. Si no respondo a mis obligaciones de la casa y del campo, algún miembro de la comunidad

podría denunciar mi conducta inmoral al Cabildo, que está conformado únicamente por hombres. Ellos podrían castigarme públicamente, obligar a mi marido a quitar mis ropas, lanzarme agua y golpearme con ortigas hasta dejarme inconsciente; humillarme, porque para eso «marido es».

Los tiempos han sido difíciles, la cosecha de choclo y de fréjol no llega a ser suficiente para mantener la casa. No regresan las lluvias. El suelo aún conserva su verdor pero es cada vez más desértico. Mi marido, Pedro Guacho, ha tenido que viajar a Riobamba en busca de trabajo como cargador de costales en los mercados. Mis hijos, Juan y Vicente, han seguido a su padre. Nos quedamos solas mi hija Rosita y yo. Desde entonces, Rosita no ha vuelto a la escuela. Ella me ayuda a lavar la ropa del patroncito Maldonado que vive en el pueblo, también limpiamos los pisos y lavamos los trastes de su cocina. Luego, nos da de comer lo que le sobra. A veces, al mediodía, nos vamos a la plaza para descansar en alguna banca, escuchar el gorjeo de las palomas y recibir un rayo de sol. Al atardecer, hurgamos en la basura esperando tener mayor suerte.

Pero hoy ha sido una tarde distinta. De regreso a casa, caminando por el páramo, con el viento helado que azota nuestros rostros, por este camino de olvidos, de fracasos y pobreza, observamos la planicie donde se levantan las montañas. La garúa moja nuestros sombreros de paño, los ponchos raídos, los zapatos cansados. Un arcoíris cubre a la Mama Tungurahua. Mientras contemplamos el cielo, le cuento a Rosita la historia de los augurios de amor, de las muchachas y las nubes.

LIYANIS GONZÁLEZ PADRÓN

Liyanis González Padrón. Catedrática, ensayista y poeta. Autora de textos educativos y profesora de Lengua y Literatura. Ha publicado diversos poemarios y sus textos aparecen en revistas literarias de Cuba, Chile, Ecuador, Estados Unidos, Brasil, México y España.



Piedra, adobe y paja... con sus sombreros de paño y mantos van camino del olvido, de la pobreza y la muerte...
Inequidad social, desigualdad económica y exclusión.

F. Magallón - Ecuador 2007.



MIRADAS QUE BORRAN

EL CAMINO

La mujer es la que sabe el camino que lleva al agua.

Me llamo Amma, nací en Nairobi, Kenia, soy mujer inmigrante, negra y afortunada. Mi camino hasta aquí no fue duro, no salí huyendo de una guerra, tampoco de la pobreza, no huía de un hombre maltratador, ni por mi orientación sexual; no tuve que recorrer durante años distintos países africanos, no me violaron, no perdí a mi hijo en mis brazos en una patera, no morí en el camino, o no dejé parte de mí en él. Fue más sencillo, vine por reagrupación familiar, cogí un avión y llegué a Madrid, donde me esperaba mi madre.

LA LLEGADA

Quien no entiende una mirada jamás podrá entender una explicación.

Mi llegada también fue fácil, tenía una casa y una familia, aprendí español, estudié... hubo cosas difíciles, claro: el idioma, el choque cultural, todo mi entorno, mi medio, se había transformado, pero estaba a salvo y solo tenía que seguir caminando. Yo no fui detenida nada más llegar, ni encerrada en un centro, no tuve que dormir en la calle, compartir habitación, ni prostituirme... Para muchas la llegada es peor que el camino, cuando creen que van a poder respirar, empieza el rechazo y las miradas.

Eso sí, a todas nos miran, las miradas son lo peor. Me miran por mi aspecto físico, por mi pelo, por mi forma de hablar, por mi «exotismo», porque soy negra. Miradas que denotan miedo, incompreensión, ignorancia, pena, racismo. Solo con el paso del tiempo, y con un apoyo y acogimiento «humano» vas teniendo la capacidad de responder ante esas miradas, si no esas miradas te hunden, te disminuyen, son miradas que borran.

EL FUTURO

Mi historia no es una historia de suerte, sencillamente mi madre pasó por todo lo que yo no he pasado. Ni su camino, ni su llegada, ni su futuro se parecen en nada al mío, porque su futuro, su meta, como para tantas otras, era yo, su hija... Es gracias a que otras mujeres son juzgadas, cuestionadas, acosadas, maltratadas, miradas; y a pesar de eso siguen luchando por sus metas; que otras tenemos un futuro mejor, nos sentimos integradas y parte de esta sociedad. Yo así lo siento.

Todas nosotras mujeres, negras, inmigrantes miramos al futuro con orgullo, con la dignidad y fortaleza que nos ha dado la vida, nuestro origen, nuestras madres. Os miramos para borrar las miradas llenas de prejuicios que nos disminuyen, pero que no podrán con nosotras. No podréis borrar nuestras sonrisas, nuestra alegría, nuestro optimismo y fortaleza.

AMMA es un nombre ficticio, su fotografía y su historia cuenta las historias de muchas mujeres africanas, que independientemente de su origen, de su forma de llegada, de su nivel sociocultural... tienen una cosa en común: son negras. La negritud sigue siendo una barrera invisible en nuestra sociedad.

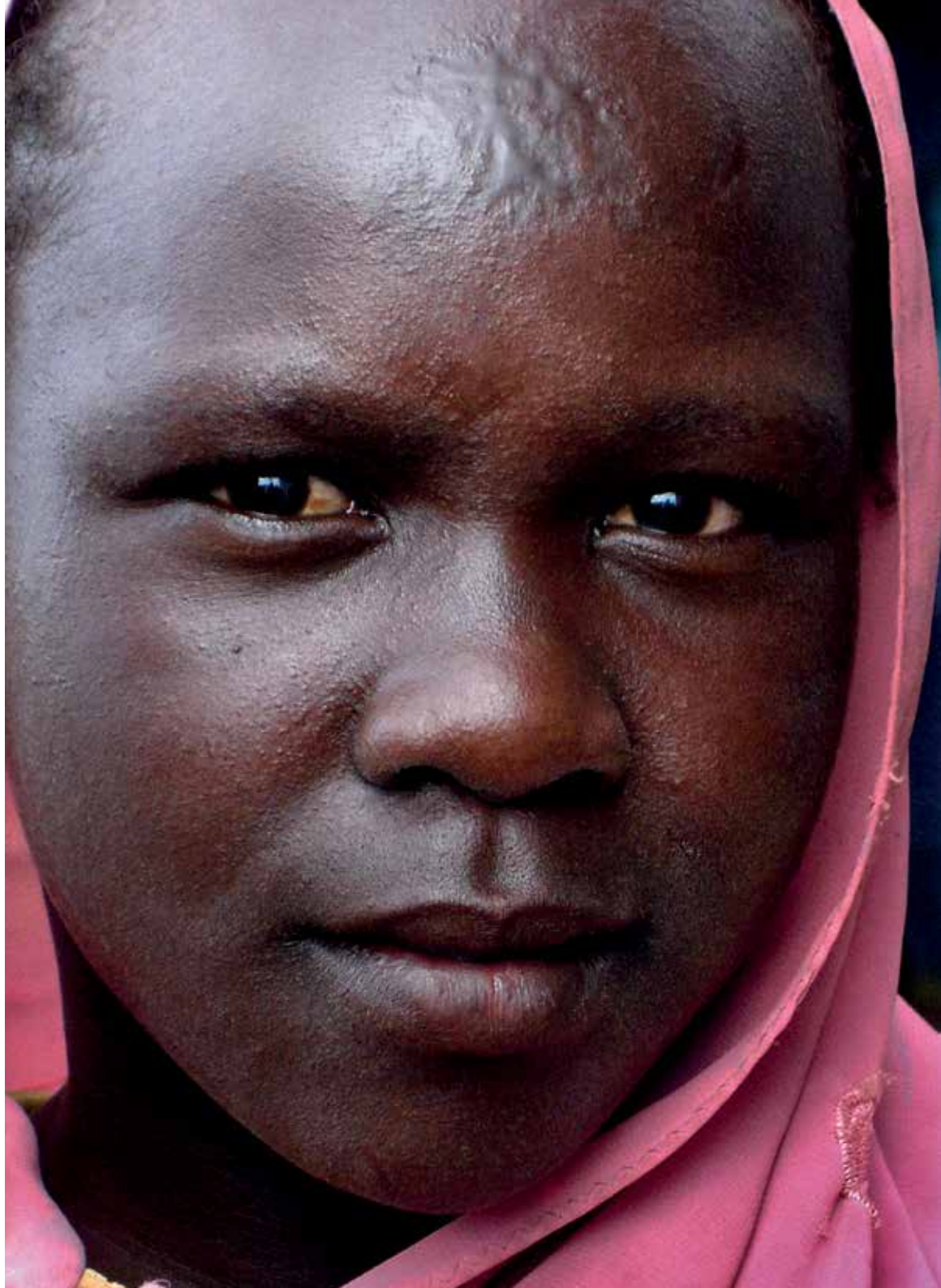
MARTA BURGO ARREGUI

Marta Burgo Arregui. Periodista que ha dedicado toda su trayectoria profesional a trabajar con organizaciones sociales en proyectos de desarrollo enfocados en la comunicación social y en el cambio de la percepción estereotipada de las diferentes realidades.



En determinados contextos socioculturales y en la mayoría de las situaciones de conflicto, el hecho de ser mujer eleva el riesgo a la discriminación, la violencia, los abusos, la persecución e, incluso, la muerte.

F. Magallón - Kenia -España, 2012.



SER CUALQUIERA DE ELLOS

Acabábamos de aterrizar en la frontera con Somalia, de hecho, la teníamos a pocos metros. Estábamos visitando, junto al equipo de ACNUR, un centro de tránsito y registro de refugiados próximo a la región de Dollo Ado, al sudeste de Etiopía, cuando nos avisaron de que en esos momentos estaba haciendo su registro una niña.

Una niña no acompañada de algo más de 10 años, que llegaba sola después de recorrer, durante casi cinco días y cinco noches, un camino que no conocía. Huyendo de la guerra... Sin mapa, ni ayuda. Venía sola, con lo puesto, y ocultaba debajo de su hiyab rosa –un velo que le cubría el pelo y parte de su cuerpo–, una bolsa de plástico con una dirección escrita de uno de los supuestos campos de refugiados donde presuntamente tenía que llegar y, con mucha suerte, encontrar a algún familiar o conocido. Se llamaba Hanisho

Me trasladé con ella y otros refugiados somalíes recién llegados a la frontera, hasta el primer campo de refugiados más próximo, a unos 35 kilómetros. Algunos me contaron en qué circunstancias habían tenido que huir. Una madre rodeada de tres niños, el mayor no tendría más de cuatro años, había tenido que dejar en Somalia a los tres hijos mayores porque estaban enfermos y sabía que no sobrevivirían al viaje. Rezaba por que su marido pudiese huir pronto con ellos y poder volver a abrazarlos.

Durante ese trayecto, no podía dejar de preguntarme por esas personas que lo habían perdido todo. Su casa, su familia, su trabajo... Habían tenido que huir para salvar su vida. Me preguntaba cómo se sentían, cómo sería ser cualquiera de ellos durante un solo minuto.

Han pasado cuatro años desde que pude visitar este y otros campos de refugiados de ACNUR en Etiopía pero el recuerdo sigue muy presente. Me acompaña la mirada de todas esas personas que tuve la fortuna de conocer. Sus ojos, que lo decían todo. Lo recuerdo y no puedo evitar emocionarme, pero de dolor y de rabia. No consigo comprender un mundo tan injusto. Tan desigual. Tan egoísta. Pero allí aprendí que hay países mucho más pobres que el nuestro, que reciben cada día a miles de refugiados. A niñas como Hanisho, dándoles así la oportunidad de empezar una nueva vida. De vivir sin el temor a ser violadas, torturadas, mutiladas, perseguidas, amenazadas, lapidadas, asesinadas...

La adolescente de esta foto me ha transportado de pronto a la experiencia de visitar los campos y a sus habitantes. No sé nada de ella. Deseo con toda mi fuerza que haya podido encontrar la oportunidad de rehacer su vida, de poder reencontrarse con los suyos, de poder estudiar, formarse y de ser una mujer libre. Cuanto más miro sus ojos, más veo su fortaleza y decisión por que así sea.

A Hanisho, a la que sí conocí, ACNUR le ayudó a reencontrarse con sus dos hermanos. Fui testigo de ese reencuentro, y de sus sonrisas llenas de lágrimas mientras se abrazaban incrédulos ante este regalo del destino.

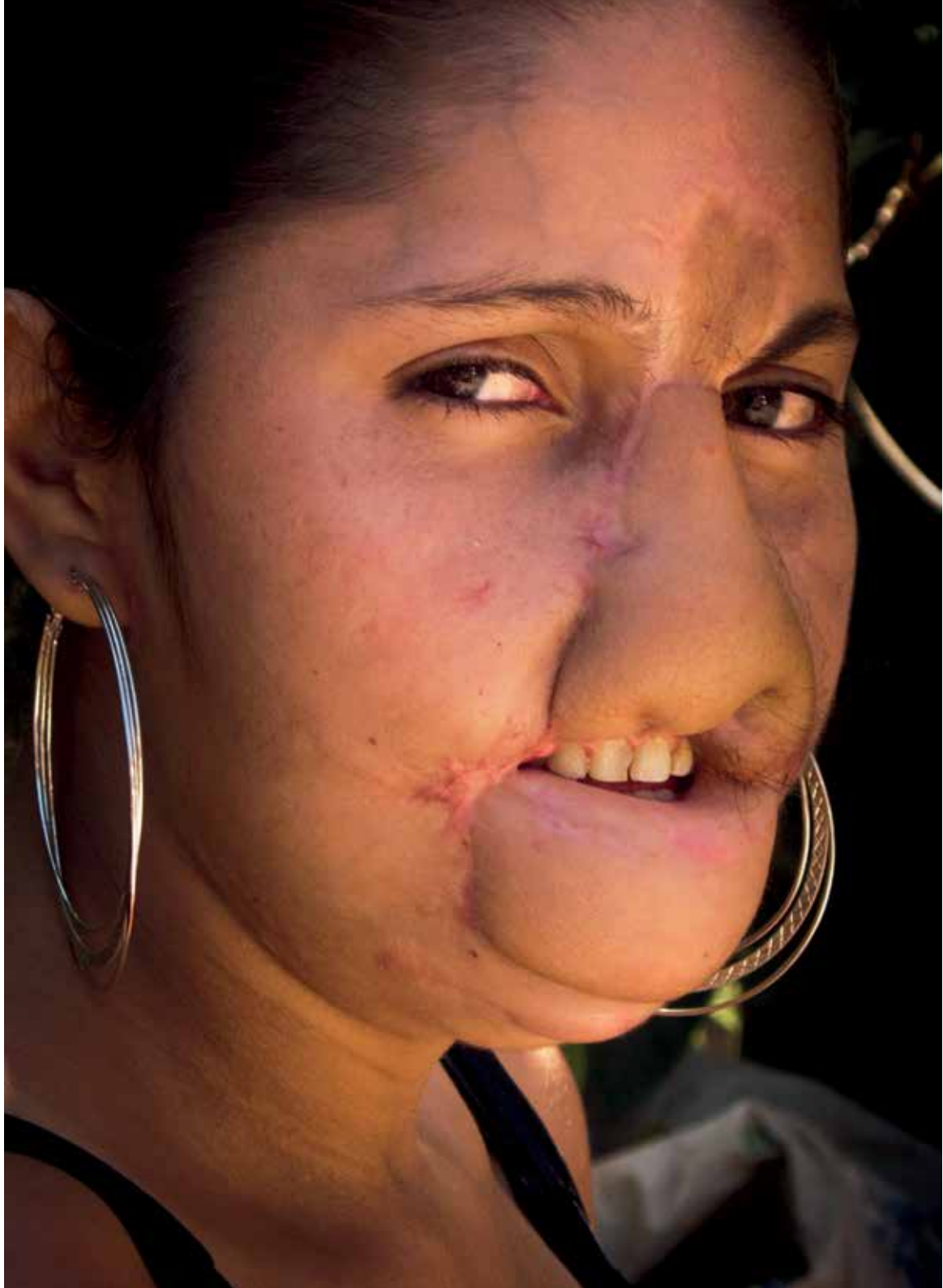
ELENA ANAYA

Elena Anaya. Actriz y colaboradora de ACNUR.



Muchas veces invisibles e ignoradas. Condenadas a las labores domésticas y la gestación. Amenazadas y acosadas por una sociedad reprimida, ellas son la pieza clave del motor de la vida, una herramienta fundamental de la resistencia y la esencia de la reconstrucción pacífica de las sociedades.

F. Magallón - Sudán, 2006.



CRIMEN SIN CASTIGO

Veintiún años después de ser adoptada, tras el rápido abandono por parte de su madre biológica que la entregó en manos de una vecina, Mindy encuentra la muerte poco después de denunciar su situación ante las cámaras del programa «En Portada» de Televisión Española.

Una tarde de julio de 2009, Esteban, su exmarido, con quien, confiada, había quedado junto al río para hablar, le cambió la vida con un cuchillo...

«Cuando yo me volteé, vi que iba con el cuchillo, solo sentí el primer filazo que me dio en la frente, de ahí ya no sentí nada. Como a las seis de la tarde volví a sentir, no tenía mi rostro y estaba desnuda. Empecé a gritar y me echaba agua en la cara, pensando que era una pesadilla. Quería despertar de esa pesadilla, pero me di cuenta de que era realidad lo que me había pasado.

Casi toda la gente de allá, donde yo vivía con él, me dice que yo tuve la culpa, que yo soy basura, que soy esto, que soy lo otro...

La idea de él era matarte, me dice mi mamá. Sí, le digo yo, mejor me hubiese matado y no dejado así, pero afortunadamente no lo llegó a hacer.

Le digo yo a mi mamá, que si no fuera por ella y por el niño, que si ellos no hubieran estado, ya me habría matado».

Su coraje y un hijo de corta edad le llevaron a rehacer su vida, pero todo fue en vano. Ni siquiera seis operaciones en México consiguieron devolverle el rostro a Mindy para evitar el rechazo y hasta la burla.

«Así no me quiero quedar. Quiero tener mis labios y mi nariz... no me importan las cicatrices, quiero tener mi cara».

El 17 de diciembre de 2010, días después de que denunciara su situación, Mindy desapareció. Una llamada que le ofrecía ayuda le hizo salir de casa por última vez. Un mes más tarde, su madre adoptiva la reconoció en el registro fotográfico de la morgue de la ciudad de Guatemala. Según la autopsia, fue amarrada, golpeada, torturada y asfixiada hasta la muerte. Mindy había sido enterrada en una fosa común sin identificar en el cementerio de La Verbena.

Ella es una, entre tantas mujeres, que pierden la vida en Guatemala a manos de sus maridos, hermanos, vecinos... hombres crueles que agreden, violan, mutilan y matan con total impunidad. Violencia ciega en un destino turístico del que, desgraciadamente, no se cuenta todo en los catálogos de las agencias de viaje. Junto a los espléndidos paisajes, conviven duras historias de personas, especialmente mujeres, que sufren ante nuestra indiferencia.

Guatemala es, en proporción a su población, el país con más feminicidios de América y el segundo del mundo.

FRANCISCO MAGALLÓN

Francisco Magallón. Reportero de Televisión Española, ha cubierto numerosos eventos y conflictos en Sudán, Congo, Palestina, Líbano, Bosnia, Kosovo, Irak, Birmania, Afganistán, Primavera Árabe en Egipto, etc. y desastres naturales como el tsunami y los terremotos en Filipinas y Perú.



Esteban, su marido, le cambió la vida con un cuchillo. Su coraje y un hijo de corta edad le llevaron a rehacer su vida. Mindy murió poco después de denunciar su situación.

F. Magallón - Guatemala, 2010.

ÍNDICE

Págs.

HACER VISIBLE A LA MUJER. Fernando Ónega	3
HAGÁMOSLAS VISIBLES. Francesca Friz-Prguda	5
MUJER, TODOS SOMOS UNA. Francisco Magallón.....	9
TE VEO, ¿ME VES? Julia Navarro.....	13
RATAS EN EL PARAÍSO. Rafael J. Álvarez	19
PARTERA DE MI DESTINO. Marifé Santiago Bolaños	23
¡HOLA! MI NOMBRE ES TRISTEZA. Alfredo Menéndez	27
NO TENGO MOTIVOS PARA SONREÍR. Trinidad Jiménez	31
TALAQ. Cruz Sánchez de Lara.....	35
CHALI, UN LUGAR OLVIDADO EN LA INMENSIDAD DE SUDÁN. Alfonso Armada	39
¿QUÉ MIRAS? ¿QUÉ VES? ¿QUÉ ES LO QUE MIRAS? ¿QUÉ QUIERES VER? Marisa Soletto	43
UN CEMENTERIO DE NIÑAS. Javier Gallego Garrido	47
AMOR Y CRIMEN. Ahmed Rashid	51
NO SABÍA LO QUE ERA UNA ESCUELA. Georgina Higuera.....	55
¿NO LO VES? M ^a Ángeles López Romero	59
LAS MÁS OLVIDADAS. Martin M. Roberts.....	63
SUPERVIVIENTE EN LUCHA. Cristina Sánchez.....	67
SIEMPRE EN LA PENURIA. Rosa María Calaf.....	71
EL TIEMPO NUNCA VOLVIÓ A SU COMPÁS. Esmá Kučukalić	75
MI NOMBRE ES SITA. Juan Antonio Tirado	79
HUMILLACIÓN Y VERGÜENZA. Ángel Expósito Mora	83
RESISTIRÉ. Manuel Hernández Hurtado	87

RECUERDOS EN EL ESPEJO. Marta Gómez Casas.....	91
NI A TU PEOR ENEMIGO. Óscar Mijallo	95
«NO SÉ TU NOMBRE, SOLO SÉ LA MIRADA CON QUE ME LO DICES». Carmen Fúnez.....	99
MUJERES DE LAOS. Fran Sevilla	103
UN ESCONDITE SEGURO. Beatriz Bergamín	107
DEJÉ DE SENTIRME UN SER HUMANO Y OLVIDÉ QUE ERA UNA MUJER. Anna Bosch	111
VOLVER A CONTAR. Érika Reija.....	115
SOY UNA SOMBRA. Ana Ruiz Echauri	119
MUJER CON SUERTE. Julio Bernárdez.....	123
DIOSAS. Mayte Carrasco	127
TU MIRADA, TU SILENCIO, M'IIJA. Yolanda Sobero.....	131
¿SABES LO QUE ES LLORAR MARES UN DÍA? Elena Nebreda	135
LA MUJER DE AGUA. Cristina Narea.....	139
SORDIDEZ. Ángela Alcover.....	143
LAILA, LA LLUVIA LLEGARÁ. Greta Frankenfeld.....	147
MÁS ALLÁ DEL BURQA. Mónica Bernabé.....	151
DESNUDA DE MÍ. Pilar González Moreno	155
«ME LLAMO VIENTO». Jordi Raich	159
LA VIDA EN GUERRA. Lourdes Baeza.....	163
CARGAR CON EL ESTIGMA. Ignacio Cembrero.....	167
MONIRA. Montserrat Boix	171
PHUYUQHAWA (LA QUE MIRA LAS NUBES). Liyanis González Padrón.....	176
MIRADAS QUE BORRAN. Marta Burgo Arregui	179
SER CUALQUIERA DE ELLOS. Elena Anaya.....	183
CRIMEN SIN CASTIGO. Francisco Magallón.....	187

